



KRISTI ANN HUNTER

*Legado
de amor*

Libros de
seda

D.J.57



© *Privado*

Kristi Ann Hunter se graduó en Informática por el Georgia Tech, pero siempre supo que lo que quería era escribir. Ha ganado el premio RWA Golden Heart, el ADFW Genesis y el Georgia Romance Writers Maggie Award. En 2016 ha sido la ganadora además del premio RITA a la mejor novela romántica inspiracional. Vive con su marido y sus dos hijos en Georgia. Para saber más sobre ella, visite su página web: www.kristiannhunter.com.



Lo que menos esperaba Sarah Gooding era que, al devolverle un camafeo a una anciana señora eso la llevara a conseguir un empleo... y a conocer al nieto de la dama, alguien que, socialmente, está muy por encima de ella.

Legado de amor

Legado de amor

Título original: *A Legacy of Love*, libro 1.5 de la serie *Haven Manor*

Copyright 2019 by Kristi Ann Hunter
Originally published in English under the title
A Legacy of Love
by Bethany House Publishers,
a division of Baker Publishing Group,
Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.
All rights reserved

© de la traducción: Laura Fernández Nogales

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo
Conversión en epub: Books and Chips

Imagen de cubierta: © KathySG/Shutterstock

Primera edición digital: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-17626-17-4

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

KRISTI ANN HUNTER

Legado de amor

Libros de
seda

Legado de amor

Una mansión donde refugiarse



Capítulo 1



Lancashire, Inglaterra, 1827

Desde un punto de vista puramente racional, Sarah Gooding debería haberse sentido eufórica con su situación en aquel momento de su vida. Lucía un vestido de seda y estaba tocando el piano en una elegante mansión de la aristocracia mientras más de una docena de personas de buena familia la escuchaban sentados a la mesa. Sarah se sentía más segura ante las teclas de un pianoforte que en cualquier otro sitio, y ya llevaba mucho tiempo soñando con gozar de la prestigiosa oportunidad de demostrar su talento.

Pero aquello no tenía nada que ver con lo que había soñado.

La textura rugosa de aquellas viejas teclas de marfil le resultaba tan familiar como la abrumadora sensación de no estar del todo en su sitio. Lo cierto era que se sentía bastante humillada.

Quizá tuviera algo que ver con el hecho de que hubieran dado la vuelta al enorme piano vertical, diseñado para estar apoyado en la pared de alguna mansión elegante, y se hubiera creado así una barrera entre la intérprete y el público. Y a Sarah le costaba mucho no dar importancia a aquel cambio.

Por lo menos de esa forma nadie podía verla bostezar mientras tocaba las notas de la sencillísima partitura del libreto de canciones italianas que le habían puesto delante.

A *lady* Densbury, la actual condesa de Densbury, no le gustaba que se tocara música ostentosa o que pudiera distraer a los invitados durante una reunión tan íntima como una cena familiar.

A Sarah quien no le gustaba era *lady* Densbury.

Mientras deslizaba los dedos lentamente por las teclas para hacer sonar una serie de arpeggios especialmente aburrida, Sarah se inclinó hacia la izquierda. Si colocaba la cabeza en el ángulo adecuado veía la parte alta de aquel piano ornamentado. Dado que el instrumento sobresalía por lo menos

un metro por encima de su cabeza, era imposible que viera nada. Y aunque los paneles de brocado verde que decoraban el piano eran maravillosos, no le dejaban comprobar si ya habían servido el pastel.

Por ser patrona de Sarah, la viuda condesa de Densbury insistía en afirmar que el trabajo de la joven como dama de compañía suya incluía asistir semanalmente a aquellas soporíferas cenas familiares, y Sarah siempre pensaba en el pastel. Era lo único que hacía soportable aquel sufrimiento.

Bueno, el pastel y la esperanza de que el señor Randall Everard hubiera venido de visita. Como era el tercero en la línea de sucesión del condado, sus padres no le habían hecho mucho caso, y había sido su abuela, principalmente, quien se había ocupado de criarlo. Ya no aparecía apenas por casa, para consternación de la viuda.

Pero esa noche estaba allí.

Ya que no podía ver el pastel, ver al señor Everard le parecía casi igual de bueno.

Por desgracia, por mucho que se inclinara hacia la izquierda, Sarah no conseguía alargarse lo suficiente para ver más allá de la nuca del conde.

Volvió a sentarse bien e hizo una mueca al ver las canas incipientes del noble.

Tampoco le gustaba mucho el conde. Ni su heredero. Ni el resto de la familia. Eran insoportables, y las esposas que los hijos mayores habían encontrado durante el último año no eran mucho mejores.

Quizá la palabra «insoportable» no fuera la más adecuada para describirlos. Sería más preciso decir que eran «muy conscientes de su elevada posición en la sociedad y del bajísimo estatus social de Sarah», pero esa serie de palabras no sonaba ni la mitad de bien. Era mucho más sencillo pensar en la familia como un conjunto de personas insoportables.

Bueno, toda la familia no. La patrona de Sarah era encantadora. La viuda había sido un auténtico ángel con ella desde que la contratara como dama de compañía el pasado enero.

Y eso significaba que valía la pena pasar algunas horas de agonía una vez por semana, si eso hacía feliz a la viuda.

Y después estaba el pastel.

Y si el señor Everard estaba en casa, Sarah siempre podía sentarse en un rincón, comer pastel y mirarlo con ojos de cordero degollado mientras él se esforzaba por hacer reír a su abuela. No era muy probable que su vida fuera a mejorar.

Volvió a concentrarse en la música. Sintió una oleada de pánico cuando se dio cuenta de que no tenía ni idea de por dónde iba o si seguía yendo por la misma página siquiera. Había estado pasando los dedos por el teclado, tocando a su antojo, durante quién sabía cuánto tiempo. Tragó saliva con fuerza, tratando de mitigar su repentina sequedad de boca, y eligió una línea al azar para retomar el hilo de la pieza que le habían pedido que tocara.

Era simple.

Predecible.

Aburrida.

¿Cuánto tiempo llevaba tocando? ¿Una hora? ¿Dos? A la condesa le encantaban las cenas interminables. Sarah vivía convencida, en parte, de que era porque *lady* Densbury estaba deseando que se le cayeran los dedos o que sufriera alguna crisis nerviosa por tener que soportar que volvieran a pedirle que engullera un plato de comida sencilla en la cocina antes de salir a tocar aquella música sedante y discreta mientras la familia disfrutaba de un menú de cuatro platos elaborados.

Lo que la condesa todavía no había descubierto era que a Sarah, mientras pudiera disfrutar de una ración de pastel al final de la velada, le importaban un pimiento los convencionalismos.

Tras echar un vistazo a la partitura para asegurarse de que tocaba las siguientes notas más o menos como estaban escritas, Sarah se inclinó un poco hacia la derecha. Aquella parte del piano vertical era bastante más baja, lo que le permitía mirar por encima para ver si ya habían puesto el pastel en la mesa. Por lo menos podría ver a la viuda y al señor Everard sentados frente a ella. Si tenía suerte, podría ver su sonrisa ladeada asomando por debajo de su nariz, que era demasiado ancha para los gustos de la época, pero perfectamente equilibrada con el resto de sus rasgos, según la opinión de la joven.

Aunque lo cierto era que nadie le pedía nunca su opinión.

Su rápido gesto no le permitió ver nada aparte del inquietante rostro impertérrito de la actual condesa. ¿Sarah estaba más pegada al piano de lo habitual aquella noche? ¿Habrían desplazado el instrumento aquella semana para aislarla todavía más de la reunión?

Pasó la página sin saltarse ni una nota, cosa que le resultó sencilla, ya que la pieza en ningún momento requería que tocara más de tres notas a la vez. Agachó un poco los hombros mientras continuaba tocando. Era evidente que la condesa necesitaba más quehaceres en su vida si tenía tiempo de recorrer las tiendas en busca de la música más tediosa del mundo.

Desvió los ojos de la partitura para volver a mirar hacia un extremo del piano. Normalmente la viuda se aseguraba de que Sarah recibiera una ración de pastel, pero estaba enfrascada en alguna conversación entretenida con su nieto sobre unos dibujos de animales que había visto en un libro. Quizás aquella noche estuviera demasiado distraída para pensar en el pastel.

Retiró un poco el banco y volvió a inclinarse hacia la derecha. Vio cabezas, hombros, incluso un codo, cosa que significaba que la mesa no estaba mucho más lejos. Si pudiera asomarse solo un poco más...

Se desequilibró y empezó a resbalarse. Alargó el brazo de golpe y se agarró a las teclas del piano, lo que provocó un fuerte y discordante sonido que recorrió toda la sala.

Todo se detuvo. No se oía el sonido de los cubiertos contra la porcelana de los platos, ni siquiera el frufnú de las prendas de ropa. Parecía que nadie respirara.

Desde luego, Sarah no lo hacía.

Lo único que la consolaba en aquel momento era saber que nadie podía verla tras el piano agarrada al borde mientras rezaba para que la banqueta, debajo de su cadera, no resbalara.

Una plegaria que iba a requerir auténtica intervención divina.

Le bastó con bajar la mirada para advertir que el banco se había inclinado: las patas del otro extremo estaban ligeramente suspendidas en el aire. La joven se movió un poco y la banqueta se deslizó un poco más. Era imposible que no terminara en el suelo.

Una oleada de calor le subió por el rostro y empezó a latirle en los oídos

mientras respiraba con todas sus fuerzas, presa del pánico, como si respirando pudiera encontrar una solución a la terrible situación en la que se encontraba.

Lo mejor que podía hacer era dejarse caer al suelo. Sabía que debía hacerlo. Pero no conseguía convencerse de que tenía que soltar el piano.

—¿Me permite ayudarla?

Aquella voz, delicada y grave, le resultaba dolorosamente familiar. Habían mantenido unas cuantas conversaciones breves durante el último año. Ciento cuarenta y dos para ser exactos. Charlas cortas sobre nada y todo. Libros, pájaros, incluso habían comentado alguna vez el sermón del sacerdote cuando daba la casualidad de que él había estado en casa algún domingo. Ella nunca dijo ni la mitad de lo que estaba pensando, claro, pero le había encantado oír lo que él opinaba sobre el tema del que estuvieran hablando.

Volvió la cabeza y vio sus ojos, de color gris azulado. Aquel ligero movimiento bastó para hacer resbalar la banqueta por el suelo, y Sarah aterrizó sobre los zapatos de piel del señor Everard.

Él esbozó una sonrisa de medio lado mientras le tendía la mano.

—¿Se ha hecho daño?

—No —jadeó Sarah, permitiendo que él la ayudase a levantarse. Cuando estuvo de pie clavó los ojos en las teclas del piano—. No ha sido una caída muy épica.

Él se rio y levantó la banqueta del suelo.

—Supongo que no.

Sarah no quería hacerlo, pero levantó la cabeza para mirar hacia la mesa. Quizá no le gustaran la mayoría de las personas que estaban sentadas, pero eso no significaba que quisiera que pensarán mal de ella. En el centro de la mesa descubrió una visión gloriosa. Un anillo dorado de delicioso ensueño cubierto por una gruesa capa blanca de glaseado y virutas de limón caramelizado.

La cocinera lo llamaba «bizcocho inglés de Madeira» porque lo hacía fusionando dos recetas tradicionales.

Sarah lo llamaba «bocadito de paraíso». Incluso había llegado a guardarse una ración en una servilleta para llevársela a escondidas las noches que habían sido especialmente extenuantes.

Sin embargo, si esa noche quería comerse un trozo tendría que enfrentarse a las risas y la desaprobación de la familia del conde.

—¿Está bien, señorita Gooding? —La voz chillona de *lady* Densbury se oyó en la sala.

Sarah parpadeó y se obligó a mirar a la condesa, que la observaba con el ceño fruncido desde la cabecera de la mesa.

—Sí, *milady*. Perfectamente.

La condesa sorbió por la nariz y asintió.

—Entonces debería volver a tocar. Es como volver a subirse al caballo, ya sabe.

Sarah estaba convencida de que no existía ni una sola persona en la historia que hubiera dejado de tocar porque se hubiera caído de la banqueta cuando intentaba ver lo que había al otro lado de un piano vertical que alguien hubiera plantado en medio de una sala, pero no tenía sentido ponerse a discutir sobre el asunto. Cuando había alguna discusión durante la cena, la condesa se quedaba afectada durante días, por lo que Sarah se limitó a asentir y volvió a sentarse en la banqueta, asegurándose de no mirar al señor Everard, y mucho menos al tentador pastel.



Randall cerró el puño. Lo apretó con tanta fuerza que le tembló todo el brazo. Después se relajó y volvió a sentarse a la mesa. La forma que tenía su madre de tratar a las personas que consideraba socialmente indignas no debería seguir preocupándole, pero lo hacía. Odiaba ver cómo intentaba poner a la gente en su sitio, sonriendo, como si les estuviera haciendo un favor al recordarles cómo funcionaba el mundo.

Como tercer hijo cuyo lugar en la estructura social era tan cuestionable como un vaso de leche que llevara tres días sobre la mesa de la cocina, a Randall le inquietaba bastante verla actuar de esa forma.

Pero era su madre. Y la dama de compañía de su abuela parecía la clase de chica a la que los insultos le resbalaban como el agua.

En realidad dejaba que casi todo le resbalara como el agua. Era cierto que

a él le gustaba conversar con ella, y había disfrutado jugando al piquet con la joven cuando iba a visitar a su abuela, pero no había nada notable en ella aparte de sus inusuales rasgos. La primera vez que la conoció se sintió intrigado por sus rasgos angulosos y sus enormes ojos. Pero cuando se dio cuenta de que ella no despegaba aquellos ojos del suelo, él había perdido el interés.

Sin embargo, que la chica fuera tímida no significaba que su madre pudiera tratarla como lo hacía. Miró el piano: habían cubierto el altísimo cajón con un tapiz de seda pintada hecho a medida donde se veía representado a san Jorge luchando contra un dragón. Se habían tomado muchas molestias para asegurarse de que las cenas familiares no se contaminaran por la presencia de una mujer tan discreta.

—Debo anunciar algo —proclamó George, el hermano mayor de Randall, desde el sitio que ocupaba cerca de la presidencia de la mesa—. Harriet y yo hemos decidido no volver a la casa de Londres después de primeros de año.

Randall alzó las cejas, pero no era un anuncio que le interesara realmente. Él había estado viviendo en Bluestone durante casi cuatro años dirigiendo la pequeña propiedad del conde en Yorkshire; en realidad, era más bien una granja. Y el hecho de que George volviera a la casa familiar de Lancashire no iba a trastocar mucho la vida de Randall.

—Eso es maravilloso —dijo su madre esbozando una sonrisa tensa.

Era su sonrisa auténtica, la que indicaba que estaba contenta de verdad. Todo lo que hacía su madre era tenso, por lo que resultaba difícil distinguir entre sus emociones cuando uno no sabía en qué debía fijarse, pero a su madre se le habían arrugado los rabillos de los ojos, y eso significaba que estaba contenta de verdad ante la perspectiva de que George volviera a casa.

Si a Randall se le ocurriera proponer algo parecido, frunciría el ceño.

Cosa que, probablemente, fuera el motivo de que Randall hubiera pasado tanto tiempo en compañía de su abuela cuando era joven. Habían sufrido la desaprobación de su madre juntos, y él había aprendido a seguir el ejemplo de su abuela para no dejar que le afectase o, por lo menos, no dejar que se notara. Ni siquiera estaba seguro de que a su abuela le preocupase la vergüenza general que sus padres sentían por sus actitudes tan poco

convencionales.

—Bueno —prosiguió George, sonriendo a su mujer—. Harriet está impaciente por establecer nuestra residencia en algún lugar, ya sabéis, para que podamos formar una familia.

De pronto, su madre y su padre se pusieron muy contentos. El potencial heredero de su heredero estaba en camino.

—¡Fabuloso!

El conde dio una palmada en la mesa y miró a su hijo sonriendo de oreja a oreja.

—Tendréis que elegir con cuidado dónde vais a vivir. Es importante que no te sobrecargues de trabajo en un estado tan delicado —dijo su madre sonriéndole a Harriet.

El hermano mayor de Randall, Cecil, miró a su esposa con una sonrisa en los labios.

—¿Eso significa que Beatrice y yo podemos trasladarnos a la casa de Londres?

El resto de ocupantes de la mesa se deshicieron en felicitaciones: su abuela, Beatrice, el sacerdote local —a quien siempre invitaban a aquellas reuniones— y dos primas con las que no tenía muy claro de qué forma estaba emparentado.

Por encima de todo aquel estrépito una suave melodía emanó del piano, refinando un poco la situación.

George sonrió y asintió agradecido.

—Esto ha hecho que me dé cuenta de que quiero tomarme el futuro más en serio, padre, y quiero estar cerca, aprender lo máximo que pueda sobre el condado.

Randall se metió un buen pedazo de tarta en la boca para reprimir una carcajada. George no había hecho otra cosa que aprender sobre el condado desde que había nacido. Esa era la obsesión de su padre, asegurarse de que tanto George como Cecil aprendieran todo lo necesario sobre su preciado título. Como también había sido el segundo en la línea de sucesión al título, el actual conde era muy consciente de las obligaciones de su segundo hijo, por lo que siempre se aseguraba de incluir a Cecil en todas sus enseñanzas.

Como modesto tercer hijo, a Randall le habían permitido aprender cosas más divertidas, como pescar.

—Estaba pensando —prosiguió George—, que quizá podríamos mudarnos a Cloverdale.

Se oyó otro acorde desafinado y Randall volvió a mirar hacia el piano. ¿Se habría vuelto a caer la señorita Gooding? Pero no, allí seguían sus enormes y gélidos ojos azules, mirando por encima del lado más bajo del piano. Le habían salido dos profundas arrugas en el entrecejo y, por primera vez, estaba mirando directamente a la familia en lugar de al suelo.

El repentino interés que demostraba por la conversación tenía sentido. Cloverdale era la hacienda de la viuda; allí vivía su abuela y, por tanto, su dama de compañía. La anciana llevaba años viviendo allí, por lo menos dos décadas. Y que Randall supiera, él había sido el único miembro de la familia que había puesto los pies en aquella casa desde hacía, por lo menos, cinco años, quizá más, ya que todos estaban acostumbrados a que la viuda se desplazara para asistir a las cenas familiares semanales en lugar de recibirlos en su casa.

¿Cómo podía George insinuar siquiera la idea de trasladarse a vivir allí? ¿Y por qué su padre no se lo negaba inmediatamente?

Randall carraspeó. Normalmente no se molestaba en participar en las conversaciones familiares, pero en este caso...

—No sé si a la abuela le apetecerá vivir en otra casa.

George se ruborizó mientras alternaba la mirada entre su padre, la viuda y, por fin, Randall.

—Claro que no. Pero Cloverdale es una casa muy grande para una persona que nunca recibe visitas. He pensado que la abuela estará mucho más cómoda en Stagwild.

La mesa se sumió en un profundo silencio.

Randall fue incapaz de mirar a su abuela. La verdad era que no podía mirar a nadie. No sabía si se debía al hecho de no querer ver a su abuela dolida por aquella sugerencia o porque no conseguía entender que George estuviera hablando en serio, pero se quedó de piedra en la silla, sin parpadear, sin apenas respirar.

El conde carraspeó.

—No es mala idea.

Volvió a sonar otro tintineo a destiempo y Randall se estremeció y se tapó los oídos. La señorita Gooding rodeó el piano y se plantó delante del instrumento con el pecho acelerado, como si estuviera a punto de escupir una bocanada de fuego como el dragón del cuadro. Se quedó mirando a los hombres que ocupaban la presidencia de la mesa y entornó los ojos hasta que el azul pálido de su mirada no fue más que un recuerdo.

—Esta mujer ha sobrevivido a guerras, a la muerte de un marido y de un hijo y al menosprecio de muchas personas que se creían mejor que ella por derecho de nacimiento.

Recorrió la mesa con la mirada hasta llegar a la condesa. Randall se estremeció en su asiento. Su madre siempre había sido un poco condescendiente con la viuda.

—¿Y ahora ustedes quieren arrancarla de su hogar, privarla de la compañía de su familia y exiliarla a las lejanas tierras de Durham? —La señorita Gooding alzó la barbilla, puntiaguda. Parecía un ángel venido a sembrar el terror del Señor en el corazón de los pecadores—. Debería darles vergüenza.



Capítulo 2



El corazón de Sarah se encogió como un guisante y corrió a esconderse entre los dedos de sus pies. ¿Qué acababa de hacer? Cuando miró a su alrededor se dio cuenta de que todo el mundo estaba igual de asombrado que ella. El conde seguía mirándola con la boca abierta y *lady* Densbury tenía los labios tan apretados que se le habían puesto blancos y habían desaparecido.

La viuda era la única que permanecía imperturbable ante la inesperada reacción de Sarah. Pero lo cierto era que ella era la persona de aquella habitación que mejor conocía a la joven. Y no era raro que Sarah le diera su opinión a la anciana, incluso cuando era contraria a las ideas de su patrona.

Sin embargo, nunca antes había abierto la boca delante de la familia. Siempre había aceptado su papel con resignación y se escondía tras el piano. Pero no pensaba permitir que menospreciaran a la viuda, una mujer maravillosa que había salvado el orgullo y la independencia de Sarah y había pasado todo el año anterior demostrando tener muchísimo carácter.

A ella la habían contratado en calidad de dama de compañía de la viuda, ¿acaso no formaba parte de sus deberes preocuparse por el bienestar de la anciana? Para una mujer de su edad, que cada vez gozaba de menos salud, marcharse a vivir a un lugar solitario con un clima frío y húmedo era comparable a una sentencia de muerte.

En ese momento, la viuda estaba mirando a Sarah por encima del hombro con una gran sonrisa en los labios y un brillo orgulloso en los ojos. Al poco, se volvió hacia los miembros de su familia que ocupaban la mesa.

—Me parece que yo no lo hubiera expresado mejor.

La condesa actual fulminó con la mirada a la anterior propietaria del título.

—No estará pensando en seguir teniéndola como dama de compañía después de lo que ha hecho.

—¿Y por qué no? —La viuda sorbió por la nariz—. Le pago para que vele

por mis intereses. Y que pretendáis exiliarme para que me muera en una casa helada al norte de Yorkshire no es precisamente lo que más me interesa.

—Madre —dijo lord Densbury con iracunda exasperación—, nadie ha dicho que desee tu muerte.

Sarah alzó las cejas y tosió sin querer. Cuántas cosas querría contestar a aquella fría e insensible afirmación, pero ya había hecho bastante daño.

—Tampoco nadie ha dicho que quiera que yo viva cómodamente —espetó la viuda.

Quizás últimamente estuviera más lenta y cada vez le costara más hacer las tareas cotidianas, pero la anciana seguía siendo capaz de defenderse por sí misma. En realidad, la viuda no había necesitado la intervención de Sarah. ¿Por qué no se había quedado detrás del piano, que era donde le correspondía estar?

—Su comodidad es lo único que tengo en mente, madre. Ya ha mencionado en alguna ocasión que le cuesta subir las escaleras de Cloverdale. Una familia joven se adaptará mejor que usted a las dimensiones de la casa.

Se hizo el silencio mientras la viuda ladeaba la cabeza con actitud reflexiva.

—En eso tienes razón, Stuart.

Los familiares que ocupaban la presidencia de la mesa se relajaron visiblemente. Sarah parpadeó. Era imposible que la viuda fuera a ceder. Cloverdale era su legítima propiedad. Nadie podía obligarla a marcharse si ella no quería.

Pero la viuda estaba sonriendo, y Sarah conocía muy bien aquella expresión. La anciana no iba a hacer ninguna concesión.

La viuda asintió y dijo:

—Sarah y yo nos iremos a la casita de Bath.

Desesperada por disimular la carcajada que amenazaba con escapar de su garganta, Sarah se tapó la boca con la mano y dejó de mirar a la sonriente anciana. Se topó con los ojos de Randall, y las ganas de reír quedaron sofocadas por su penetrante mirada.

La estaba mirando con la cabeza ladeada y una sonrisa de medio lado en

los labios. ¿En qué estaría pensando?

Sarah luchó contra la necesidad de sucumbir a la vergüenza, de escapar a la seguridad del piano. La conversación volvió a brotar a su alrededor hasta convertirse en un oscuro pozo de decepción familiar. Estaba oyendo las palabras que decían, pero era incapaz de despegar la mirada de aquellos ojos gris azulado y de la curiosidad que brillaba en ellos.

—¿A la casita de Bath?

La voz de la condesa se acabó abriendo paso entre la conmoción general. Era evidente que se sentía profundamente ofendida por aquella idea.

—Sí, sí. —La viuda parecía bastante emocionada ante la perspectiva, aunque Sarah sabía que necesitarían un equipo entero de caballos y un decreto real para conseguir que la mujer se marchara de Lancashire—. Nunca me lo había planteado porque, como sabéis, llevo veintitrés años viviendo en Cloverdale, pero me ha convencido ver que os preocupáis tanto por mi salud. La casita de Bath es más pequeña, y allí podré disfrutar del baño y de la brisa del mar.

—Pero... pero... usted siempre había dicho que esas cosas no eran más que tonterías —espetó la condesa.

Sarah estaba viendo una imagen mental de la viuda frotándose las manos muy sonriente como hacía cada vez que alguno de sus empleados estaba a punto de caer presa de alguna de sus bromas inofensivas.

—Quizás haya cambiado de opinión —reflexionó la anciana—. Siempre que vuelves de tus viajes anuales a Bath afirmas sentirte nueva y cinco años más joven. Y os confieso que no me importaría sentirme cinco años más joven. Además, significa mucho para mí que renuncies a las semanas que pasas en Bath para que yo pueda vivir en un lugar donde pueda estar cómoda y cuidar de mi salud. Y, por supuesto, también valoro el sacrificio que harán Harriet y Beatrice.

Randall sonrió con más ganas. Dejó de mirar a Sarah para mirar a su abuela. Sarah se sintió muy aliviada y pudo respirar más tranquila cuando él dejó de observarla. Aunque no podía dejar de admirar el placer que brillaba en su rostro al comprender lo que se proponía su abuela.

Lord Saunders, que había parecido tan seguro de sí mismo al sugerir que

su abuela se mudara de casa, carraspeó con aspecto agitado.

—Quizá Harriet y yo debamos volver a Londres durante un tiempo. Mamá tiene razón. No deberíamos hacer mudanzas pesadas ahora que Harriet está en estado. Además, así podremos situarnos mejor socialmente antes de que llegue el bebé.

—Sí, sí —se apresuró a aceptar el conde—. Los contactos que se hacen durante los años de juventud son de vital importancia.

—Vaya. —La viuda dejó escapar un cómico suspiro—. En ese caso, supongo que me quedaré en Cloverdale. No tiene sentido alterar la rutina de todo el mundo solo por mí.

Sarah reprimió otra carcajada. Tenía que sacar a la viuda de allí antes de que se le escapara y antes de que su patrona olvidara la promesa que hizo en su día y tratara de conseguir de nuevo que su hijo y su mujer dejaran de ser tan rígidos. Habían pactado una tregua hacía ya unos años, pero a la viuda no le costaría nada retomarlo donde lo dejó.

Sarah dio un paso adelante y miró con melancolía el pastel que quedaba antes de posar la mano sobre el hombro de la anciana.

—Hablando de rutinas, me parece que se está haciendo tarde, *milady*.

La viuda miró a Sarah con el ceño fruncido como una niña a la que le hubieran dicho que tendría que esperar otro día para nadar en el lago.

—Sí, supongo que sí.

A la mujer le costó un poco levantarse de la silla; le tembló una pizca el brazo al apoyarse en la mesa cuando hizo el esfuerzo de levantarse. Sarah se mordió el labio y se resistió al impulso de acercarse para ayudarla.

Finalmente se levantó.

—Quiero que sepáis todos —anunció un tanto temblorosa— que a pesar de todas vuestras rarezas —y son muchas—, esta es una buena familia. Eres un buen hijo, Stuart, y estás llevando bien una vida que nunca esperaste llevar. Y te va bien con tu esposa, que se ha adaptado a esa nueva vida mejor de lo que hubiera hecho cualquier otra. Solo quería que lo supierais.

Después asintió a cada uno de sus nietos, que aguardaban sentados a la mesa.

—Cecil, George, Randall, sed buenos. Amad a Dios y a vuestra familia y

os irá bien. —Sorbió por la nariz—. Buenas noches a todos. Adiós.

Se volvió y abandonó la estancia seguida de Sarah, que la acompañó hacia el vestíbulo.

Una vez fuera del salón, Sarah se colocó junto a la viuda y le ofreció el brazo.

—Menuda situación.

La anciana dejó escapar una risita grave mientras se apoyaba un poco en Sarah. Bastante más de lo que se apoyaba apenas un mes antes.

—Me habría decidido hace meses si eso era lo que hacía falta para despegarte de ese piano.

El mayordomo apareció y las esperó en la puerta con sus sombreros y las pellizas.

Sarah sonrió a la anciana mientras la ayudaba a ponerse la elegante prenda de lana sobre sus delgados hombros.

—Pensaba que le gustaba oírme tocar.

La viuda arrugó la nariz.

—Me gusta oírte tocar, no ese ruido que haces en el comedor de esta casa. Sarah alargó el brazo para recoger su pelliza.

—Cuando llegemos a casa me...

La joven se quedó sin palabras cuando oyó un eco de pasos que avanzaba por detrás de ellas sobre el suelo de mármol.

Se dio media vuelta con la pelliza medio colgada del hombro. Nadie las acompañaba hasta el vestíbulo después de la cena, pues la cena en sí bastaba para que toda la familia se diera por cumplida con la anciana.

Y sin embargo, allí estaba el señor Randall Everard cruzando el vestíbulo como si también tuviera intención de marcharse.

—No tenía ni idea de que quisiera marcharse a Bath, abuela. Debería haberlo dicho hace meses.

La sonrisa de medio lado del señor Everard se torció todavía más cuando adoptó un aire conspirador.

La viuda se rio mientras se abotonaba la pelliza.

—Si decido marcharme alguna vez, querido, te aseguro que te pediré que me acompañes.

Randall se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—¿Y entonces quién se ocuparía de las granjas?

Lady Densbury sorbió por la nariz.

—¿Crees que podría hacerlo el hombre que se supone que debe heredarlas? Tú deberías haberte unido a la iglesia. No tiene sentido que escondas tu inteligencia y tu fe en el barro. En especial cuando se trata de un barro que ni siquiera te pertenece.

Sarah terminó de ponerse el abrigo y agarró el sombrero. La viuda y el señor Everard llevaban años discutiendo sobre ese tema. A Randall le encantaba pasar las horas al aire libre y ocuparse de la tierra, el desafío de cultivar alimentos y la naturaleza, pero su abuela consideraba que era un desperdicio de su agudo intelecto y su amor por la teología.

Cuando agarró el sombrero que le entregó el mayordomo Sarah notó un peso inesperado que la distrajo de la conversación que estaban manteniendo los dos aristócratas. Miró dentro del sombrero y vio un paquetito cuadrado envuelto en tela. Sonrió.

Pastel.

¿Pero cómo iba a explicar que no se pusiera el sombrero para salir de la casa? Se le borró la sonrisa cuando levantó la vista y se encontró con los ojos del señor Everard y *lady Densbury*.

—Me parece —dijo el señor Everard muy despacio— que no soy el único que se ha estado escondiendo.



La señorita Gooding palideció. Los ángulos de su rostro parecieron afilarse cuando abrió los ojos y la boca como si estuviera a punto de decir algo pero hubiera olvidado las palabras.

Era un problema que le había atribuido durante todo el año que hacía que la conocía —la incapacidad de articular palabra—, pero con lo que había hecho en el comedor había demostrado que no tenía dificultad alguna para expresarse. Era evidente que aquellas ocasiones en las que Randall había vislumbrado algo más en su personalidad, algo que había evitado que él

dejara de hacerle caso por completo, habían sido las costuras de su verdadera esencia emergiendo a la superficie.

¿Por qué estaría una joven tan apasionada dispuesta a pasar varias horas a la semana escondida detrás de un piano aguantando comentarios crueles, algunos velados y otros no tanto?

—¿Puedo acompañarla a casa, abuela?

—¿Por qué? —preguntó la anciana, que prácticamente lo había criado—. Nunca habías sentido la necesidad de hacerlo.

Eso no era exactamente cierto. La había acompañado a casa varias veces antes de que ella contratara a su nueva dama de compañía. Incluso había seguido acompañándola caminando a casa durante los primeros meses de trabajo de la señorita Goodwill hasta que había empezado a sentirse frustrado por las ideas y sentimientos conflictivos que sentía respecto a la joven.

Pensamientos y sentimientos que lo estaban confundiendo de nuevo. Randall había pensado que ya sabía cómo era la chica, que la conocía, pero de pronto, mientras estaba allí plantado en la entrada de la casa, no dejaba de cuestionárselo todo de nuevo.

Carraspeó y se debatió entre optar por quedar como un nieto responsable o bromear con su abuela. Al final, optó por la sinceridad que tan bien se le daba ocultar a toda su familia.

—Nunca había visto que se apoyara usted tanto en su dama de compañía.

La creciente debilidad de la viuda tenía preocupado a Randall. Sí, su abuela era mayor. Y también sabía, igual que sabía que el sol salía por el este, que un día moriría. Y hasta hacía bien poco había sido perfectamente capaz de no preocuparse por ninguna de las dos cosas. Pero la anciana parecía bastante más débil que la última vez que había ido a visitarla. Estaba más delgada. Temblaba más.

—Y tú te apoyas demasiado en la pereza de tu padre —gruñó la viuda, demostrándole que su espíritu no se había debilitado tanto como su cuerpo—. Pensé que el chico estaba destinado a pasarse el día escribiendo sermones y visitando parroquianos y no me molesté en enseñarle nada cuando era niño. Ahora es conde y ni siquiera sabe qué clase de cultivos crecen en sus granjas.

Señaló a Randall con el dedo.

—Tienes que encontrar un lugar donde vivir mientras tengas energía para hacerlo.

Randall odiaba que la anciana tuviera razón, pero también odiaba ser consciente de que la idea de estar completamente solo, de tener que empezar desde cero, le aterrorizara.

—Y yo que pensaba que todavía tenía toda la vida por delante.

—¡Bah!

La anciana se cubrió los rizos plateados con el sombrero y alzó la barbilla para dejar que la señorita Gooding le atara el lazo.

En lugar de obedecer enseguida, la dama de compañía alternó la mirada entre Randall, su patrona y el sombrero, que agarraba con una de sus esbeltas manos. Tragó saliva y al hacerlo le tembló la delicada garganta. Entonces dio un paso adelante y... ¿le dio su sombrero a la viuda?

Ahora que tenía las manos libres pudo dedicarse a atarle el lazo.

—Soy perfectamente capaz de llevar a su abuela a casa. Es mi trabajo.

Randall se sobresaltó y estuvo a punto de perder el equilibrio. ¿La dama de compañía de su abuela estaba demostrando tener agallas dos veces en la misma noche? ¿Qué había pasado con el tímido pajarillo que solía hacer compañía a su abuela?

—¿Ah, sí? ¿Y que haría si se tropezaran con un bandolero o con un perro salvaje? No tendrá un piano consigo para apaciguarlo con sus melodías.

No era propio de él desafiar así a los demás, pero tenía curiosidad por ver hasta qué punto podía irritarla.

—Teniendo en cuenta que Cloverdale solo está a un kilómetro y medio de aquí, y que se llega siguiendo un camino muy bien cuidado, por el que ni siquiera tendremos que salir de Densbury, creo que podré manejar cualquier amenaza que podamos encontrarnos.

Se puso derecha y lo atravesó con la mirada.

Randall volvió a sentir respeto por la chica, además de una atracción que creía haber enterrado hacía tiempo. Había habido un momento, un único instante, poco después de que ella se fuera a vivir a Cloverdale, en que él la había visto y se había preguntado qué tendría aquella muchacha que por fin había convencido a su abuela para deshacerse de la molesta prima a quien

había contratado por haberla convencido para ello. Y por aquel entonces Randall se había preguntado si la nueva dama de compañía de su abuela podría sacarlo del letargo en el que había estado viviendo hasta ese día.

Pero ella se había mostrado callada y tímida, y aquella esperanza se había extinguido como la llama de una vela. Sin embargo, ahora que había dejado de mirar al suelo, era increíble lo distinta que parecía. No solo en apariencia —aunque la imagen de sus enormes ojos parecía haber alterado por completo el aspecto de su inusual rostro—, también percibía un cambio en su espíritu. Como si fuera una chica que hubiera sufrido en la vida y hubiera aprendido cuándo y cómo luchar contra los problemas.

Randall se obligó a olvidar sus frívolas reflexiones.

Cualesquiera que fueran las fantasiosas ideas que estuviera atribuyendo a aquella chica, era evidente que no podía relacionarse con una muchacha que era incapaz de ponerse el sombrero.

Era verdad que ya casi había anochecido y que el complemento apenas era ya necesario, ¿pero no sería mejor llevarlo sobre la cabeza?

La señorita Gooding pasó la mano por la costura del sombrero.

—Se está haciendo tarde —dijo en voz baja, pero no despegó sus pálidos y gélidos ojos azules de los suyos—. Debería llevar a *lady* Densbury a casa.

La viuda se tambaleó hasta la puerta.

—Sí, sí, será mejor que me lleves a casa antes de que estos viejos huesos decidan que ya han crujido bastante por un día.

—Pediré que traigan el carruaje.

Randall dio un paso adelante y le ofreció el brazo a su abuela. Intentó no fruncir el ceño cuando advirtió lo frágil que le pareció su forma de agarrarse a él. ¿Por qué su padre no había empezado ya a pedir que la llevaran y trajeran en carruaje desde su casa? ¿Acaso el conde no había advertido el bajón que había dado su madre?

—No digas tonterías. Si dejas de caminar, no volveré a hacerlo nunca.

—Está perdiendo el tiempo —le explicó la señorita Gooding con voz delicada—. Yo ya lo he intentado todo para convencerla de que debe utilizarlo más a menudo. Pero si le hace sentir mejor, sepa que nos desplazamos en carruaje los días que se hace tarde o las noches poco claras.

Supuso que sí, lo consolaba un poco, y no tenía duda de que su abuela era lo bastante obstinada como para rechazar ayuda, pero seguía sin comprender que su padre dejara que dos mujeres se marcharan a casa paseando cuando ya había anochecido. Mientras Randall y su abuela salían por la puerta, la señorita Gooding se colocó discretamente detrás de ellos agarrando el sombrero como si fuera una cesta.

Una inyección de picardía alimentada por la renovada curiosidad que sentía por la dama de compañía se apoderó de la lengua de Randall. Ladeó la cabeza en dirección al oído de su abuela, pero se asomó por encima del hombro para mirar a la joven, que se estaba apartando de la cara los rizos que la brisa agitaba con suavidad.

—A su dama de compañía no parece gustarle mucho cubrirse la cabeza.

—Bah. —Su abuela agitó la mano en el aire—. Lo que pasa es que no quiere chafar el pastel.

Randall estuvo a punto de tropezarse. Por suerte, la viuda se movía tan despacio que su traspie no tuvo importancia. Volvió un poco más la cabeza para ver a la señorita Gooding, que estaba mirando a su patrona con el ceño fruncido.

—Será mejor que vaya con cuidado, *lady* Densbury —advirtió, transformando la mueca de enfado en una sonrisilla—. No tengo por qué compartir mi premio con usted, ¿sabe?

—¿Después de haberles pedido que envolvieran una ración bien grande? Eso sería un poco desagradecido por tu parte.

—Teniendo en cuenta que ha desvelado usted nuestro secreto, puede que este sea el último pedazo que pueda llevarme a casa.

La señorita Gooding dejó escapar un suspiro largo y exagerado mientras sacaba el paquetito del sombrero y se calaba la prenda en la cabeza.

—Mi querido Randall jamás traicionaría mi confianza, ¿verdad?

Randall tuvo que carraspear antes de poder hablar.

—Claro que no.

Entonces oyó un bufido muy poco elegante por detrás de él.

—¿Y de quién estamos guardando el secreto si no es de su familia?

La abuela hizo un sonidito de disgusto.

—Hay familia y hay «familia». Randall pertenece al segundo grupo.

¿Se suponía que debía sentirse halagado por ese comentario? Suponía que siempre había existido cierta diferencia entre él y sus hermanos. La certeza de que él tendría que buscarse la vida por su cuenta, de que sus hijos no serían aristócratas, de que no estaba destinado a codearse con la élite, todo ello había hecho que Randall viera la vida de un modo algo diferente a los otros.

Mientras su padre había entrenado a los dos hermanos mayores, Randall sencillamente había estado... allí. Su madre se había lamentado en más de una ocasión de que el chico habría sido muchísimo más útil si hubiera sido niña. Por lo menos así podría haberse casado bien para afianzar las conexiones de la familia. Siempre había asegurado que se trataba de un chiste, pero a Randall nunca le había hecho gracia.

Tampoco existía un gran ejército al que alistarse teniendo en cuenta que los últimos diez años habían conformado un periodo de paz sin precedentes en el país.

—Para demostrar mi lealtad —dijo, con la intención de prolongar el tono desenfadado de la conversación—, me comprometo a llevaros un bizcocho inglés de Madeira entero a Cloverdale antes de marcharme.

Estaba convencido de que había oído a la señorita Gooding soltar un quejido.

La abuela se paró.

—¿Antes de marcharte? ¿No te vas a quedar estas Navidades?

Randall miró el querido rostro de su abuela, que lo observaba con una expresión acusadora bajo la luz brillante de la luna. Se sintió tan desesperado que no pudo evitar lanzar una mirada de súplica a la señorita Gooding.

Advirtió la curiosidad en el rostro de la chica antes de que abriera los ojos como platos y agachara la cabeza para mirar al suelo. Estaba claro que no pensaba ayudarlo.

—Abuela, tengo que volver a Bluestone.

—¿Para qué? —La anciana le dio un codazo en el costado—. Estamos en pleno invierno. Hasta el perezoso de tu padre sabe que ahora mismo no crecen ni las malas hierbas.

Cosa que hacía que la excusa de Randall fuera todavía más dolorosa.

—En cualquier caso, es mi casa.

—Bah.

La abuela empezó a caminar de nuevo mascullando palabras que Randall no terminaba de comprender.

Era evidente que la señorita Gooding tenía más experiencia en descifrar los murmullos de la viuda, porque oyó su risita flotando en la brisa serena.

—¿Sería tan amable de iluminarme respecto a la inquietud de mi abuela, señorita Gooding?

Randall volvió la cabeza, pero siguió caminando. Si su abuela lo conducía hasta un árbol tampoco iban tan rápido como para que tuviera consecuencias graves.

La señorita Gooding frunció los labios, cosa que hizo que su barbilla pareciera más afilada y sus ojos más grandes. Era el rostro más singular que había visto jamás. De alguna forma, las marcadas líneas de expresión de su cara combinaban a la perfección con sus esbeltos brazos y su cuerpecillo delgado. Era como si Dios la hubiera hecho para que se moviera con eficiencia y elegancia. Como un galgo.

Aunque probablemente fuera mejor no mencionar esa comparación.

—Con permiso, señor Everard —contestó con cierta firmeza y una buena dosis de diversión—, su abuela no está contenta con la vida que lleva usted.

Randall sonrió.

—Ya lo sé. Pero si cambiara de vida ya no tendríamos nada de qué hablar cuando viniera a visitarla.

La abuela gruñó.

—Claro que sí. Porque tendrías hijos.

—Para tener hijos hay que tener esposa, abuela.

La anciana asintió.

—También podría hablar sobre ella.

Randall negó con la cabeza y dio unas palmadas sobre la mano que tenía apoyada en el antebrazo. Por suerte, ya habían llegado a Cloverdale. La conversación se estaba empezando a poner incómoda y algo absurda.

—No tengo esposa, abuela.

—¿Y crees que no lo sé? —La mujer empezó a subir enfadada por la

escalera con toda la energía que le permitía su figura encorvada—. Me tomé la molestia de elegirte una ¡y ni siquiera eres capaz de recorrer el kilómetro y medio desde la finca para venir a cortejarla!



Capítulo 3



Lady Densbury estaba tan cerca de la muerte que nadie se cuestionaría nada si Sarah la empujaba para que cruzara el umbral de la puerta del cielo un poco antes de lo que le tocaba, ¿no?

Ya hacía varias horas que Sarah había huido de la viuda y del señor Everard. Había salido corriendo en la primera dirección que se le había ocurrido —que simplemente era «lejos»— y había terminado rodeando la casa para volver a entrar por la cocina.

Se había sentido tan avergonzada que se había metido en la cama para enterrar la cabeza debajo de la almohada, y ahora, mientras se levantaba y se preparaba para afrontar el día, todavía se sonrojaba cada vez que recordaba lo ocurrido. Cuando pensaba en volver a ver al señor Everard, bueno, el mero pensamiento bastaba para que quisiera salir corriendo en sentido contrario. Otra vez.

Se puso un vestido sencillo porque no era domingo, cosa que significaba que había servicio en la iglesia, ni miércoles, que era el día de las tortuosas cenas en Helmsfield. Cuando Sarah había empezado a trabajar allí el enero anterior, ella y la viuda habían salido a hacer algún recado casi cada día, pero pronto pasaron a ser ocasionales visitas al pueblo para comprar algo o tomar el té. Y llevaban casi dos meses sin hacerlo.

Sarah, a quien la mayoría de los días la recluida vida de la viuda le parecía un poco triste, se sentía agradecida de poder quedarse en casa ese día. Así no corría el riesgo de encontrarse con el señor Everard. Si él seguía en la ciudad el miércoles siguiente, ella se plantaría detrás del piano sin que nadie se lo pidiera y se quedaría allí toda la noche, sin mirarlo, aunque eso significara tener que quedarse sin pastel.

La última imagen que tenía de él era la expresión petrificada que él había alternado entre ella y su abuela, sorprendido y un tanto asqueado ante la idea

de casarse con una modesta dama de compañía cuyos únicos méritos eran su capacidad de tocar el piano y de hacer reír a una anciana.

Aunque esa mañana no pensaba hacer reír a *lady* Densbury. No creía que fuera capaz siquiera de mirarla mal antes de mediodía.

Bajó corriendo las escaleras para evitar la tentación de deslizarse por la pulida barandilla como si fuera una niña de cuatro años. Habían convertido las dos salitas de la planta baja en el dormitorio y el vestidor de la viuda, reforma de la que el conde no parecía saber nada a pesar de haberse hecho hacía ya tres años. Y eso era un triste reflejo del estado de aquella familia.

Parecía que el conde estuviera esperando a que su madre muriera.

El hecho de que Sarah hubiera albergado aquel pensamiento fugaz esa mañana era totalmente distinto. Ella lo había pensado porque sentía un exasperado amor por aquella mujer tan entrometida.

Echó una ojeada por la estancia —decorada con tonos suaves de azul y algún toque de rojo intenso— y advirtió que la viuda se estaba tomando su tiempo con el desayuno. Seguía con la bata puesta y estaba sentada ante una pequeña mesa en un rincón junto a una ventana.

Sarah asintió a la doncella que estaba preparando la ropa de la anciana y se retiró al salón. Cuando *lady* Densbury estuviera lista, Sarah saldría, se acomodaría en el salón con un libro o cualquier otro pasatiempo y fingiría estar esperando alguna de las visitas que raramente aparecían, si es que venían alguna vez. El vicario venía de vez en cuando, y también recibían a algunas damas, que pasaban por allí cuando regresaban de Londres, pero en general los días en Cloverdale eran muy tranquilos.

En el salón ya habían encendido un fuego que ardía alegremente y llenaba la estancia de luz y calidez.

Pronto el sol asomaría por encima de los árboles y la sala se convertiría en un oasis dorado durante la mayor parte del día. Como había muchos ventanales, tenía mucha luz, pero también entraba más frío, por eso Sarah colocó el chal negro de *lady* Densbury en el respaldo del sillón que aguardaba cerca del fuego para que estuviera bien calentito cuando la viuda lo quisiera.

De entre la lana de la prenda cayó un objeto plateado muy brillante y Sarah alargó la mano para agarrar la joya antes de que cayera al suelo. Sonrió

mientras deslizaba un dedo por el enorme corazón de amatista que anidaba en el centro del broche. La piedra estaba rodeada de corazones de plata, y una corona de plata encabezaba la brillante pieza cargada de nostalgia.

Y al hacerlo no pudo evitar perdonar a la anciana por aquella declaración tan embarazosa. *Lady Densbury* era una romántica. Había amado muchísimo a su marido, y era evidente que él la había amado a ella, lo bastante como para llevársela a Escocia y provocar un escándalo, porque la familia del conde la había considerado una esposa inadecuada.

Habían pasado un año en Edimburgo, donde él le había comprado aquel broche como muestra de amor eterno. Era la posesión más preciada de la viuda. Y no se debía al enorme valor de la gema, sino al amor que recordaba cada vez que la miraba. Sarah había perdido la cuenta de las veces que había oído aquella historia.

Era comprensible que la viuda quisiera que el señor Everard viviera esa clase de amor. Era el miembro de la familia al que más cariño tenía y no le importaba admitirlo.

Lo que era menos comprensible era que pretendiera que el señor Everard se enamorase de Sarah.

La joven prendió el broche del chal y se dispuso a preparar el resto de la estancia para pasar el día.

El libro y los anteojos sobre la mesita que estaba a la derecha del sillón. El cesto con el punto en el suelo, debajo de la mesa. La mesa de la izquierda del sillón vacía, preparada para recibir una taza de té. Un taburete escondido debajo del sillón orejero, preparado para que ella lo utilizara cuando le apeteciera. Las cortinas descorridas lo suficiente como para dejar entrar la luz, pero sin deslumbrar.

Habían dejado el paquetito con el bizcocho inglés de Madeira en la mesita donde Sarah y *lady Densbury* comían cada día. Sarah no recordaba lo que había hecho con él la noche anterior, si lo había dejado caer cuando salió corriendo o si lo había dejado junto a su sombrero y la pelliza en la cocina, pero se alegró de ver el paquetito aquella mañana.

Lo abrió y se sirvió un buen trozo de pastel. ¿Quién podía ser comedida cuando había tantos recuerdos vergonzosos que enterrar?

Aun así, no podía comerse la ración entera, porque le sentaría mal, así que volvió a envolverlo con la servilleta y lo dejó en la mesita.

Como ya no tenía nada más que hacer se acercó al piano cuadrado que había en mitad de la otra zona del salón. A Sarah le encantaba aquel viejo instrumento; le gustaba mucho más que el piano moderno que tocaba en Helmsfield. Probablemente fuera porque ese piano no lo habían colocado a propósito para recordarle que ella había sido excluida, pero también porque era como si aquel piano supiera que en esa casa se amaba la música. Las cuerdas parecían vibrar con más luz y las teclas se movían con más fluidez.

Tocó una rápida sucesión de notas que pareció terminar de despertar la habitación. Sarah siempre tocaba por la mañana, embelleciendo sencillos valeses o minuetos o haciendo resonar complicadas sonatas en las paredes de la casa.

Aquella mañana tenía que tocar alguna pieza potente, porque, aunque había decidido perdonar a su patrona, seguía bastante enfadada.

Mirar a Randall Everard con ojos de cordero degollado e imaginar que él se fijaría en ella era una cosa. Que anunciaran a los cuatro vientos que la habían elegido para él y que él no había sentido ningún interés por ella era otra muy distinta.



Randall tenía el caballo ensillado delante de la casa y estaba preparado para partir. Tenía la intención de marcharse ese día después de haber pasado cuentas con su padre. Por delante tenía dos días de camino hasta llegar a Bluestone, donde llegaría a tiempo de celebrar las Navidades con los arrendatarios y aristócratas de la zona. Aquella mañana incluso había preparado las alforjas con la ropa y la comida que necesitaría para el viaje.

Y, sin embargo, las bolsas de piel seguían sobre el sillón de su dormitorio en lugar de posadas sobre los lomos del caballo.

¿Por qué estaba allí plantado en lugar de estar ya de camino?

Porque la noche anterior había visto algo en la señorita Goodwill que le había fascinado, algo que había imaginado que tenía, pero de lo que jamás

había tenido pruebas. Sería un necio si partía sin aclarar, al menos, si aquel brillo había sido un destello de luz momentáneo o el indicio de que había encontrado una valiosísima joya excepcional.

—Randall, ¿te marchas hoy?

Su madre cruzó el vestíbulo hasta donde él aguardaba, junto a la puerta principal.

El mismo sitio donde había estado la noche anterior observando cómo la señorita Goodwill se llevaba el pastel a casa sin que fuera evidente que lo estaba haciendo.

—No, madre, estaba pensando que voy a quedarme a pasar las Navidades.

Randall no sabía que había tomado la decisión hasta que las palabras le salieron de la boca, pero en cuanto se oyó diciéndolas supo que había tomado la decisión correcta.

—Ah. —Su madre guardó silencio un momento y esbozó una preciosa y sincera sonrisa—. Eso es maravilloso, hijo. Hace mucho tiempo que no pasamos las fiestas todos juntos en casa.

Era cierto. Antes de casarse, no era raro que George o Cecil, o incluso los dos, se quedaran en Londres en lugar de viajar hasta el norte. El año anterior había sido la abuela quien había decidido quedarse en la ciudad en lugar de pasar las fiestas en el campo aduciendo que necesitaba renovar su vestuario y que no confiaba en las modistas del campo. Y no solo volvió cargada de ropa nueva: también se trajo consigo una dama de compañía nueva.

—Es una buena idea —dijo Randall—, así toda la familia estará reunida estas Navidades. Quizá podamos convencer a la abuela para que se quede en casa durante las fiestas.

Tanto si estaba preparado para admitirlo conscientemente como si no, era muy probable que aquellas fueran las últimas Navidades que pasaría con su abuela y quería disfrutar cada momento.

—Supongo que sí. —Su madre frunció el ceño y se le formaron varias arrugas que le enmarcaron los labios—. Seguro que insiste en traer a su dama de compañía.

Randall se frotó la nuca con la mano y ladeó la cabeza mientras observaba a su madre.

—¿Por qué no te gusta?

Su madre arqueó sus negras cejas, que asomaron por encima de unos ojos igual de negros.

—¿Aparte del hecho de que le costó a mi prima una asignación muy estimable? Es completamente cuestionable. No tenemos ni idea de su procedencia ni de la clase de familia que tiene. Ni siquiera sabemos para quién trabajaba cuando tu abuela la sacó de un montón de nieve en la orilla del lago helado donde estaba patinando.

Randall no pudo evitar sonreír.

—Pensaba que había sido la señorita Gooding quien había sacado a la abuela de ese montón de nieve.

La condesa hizo un gesto con la mano para eludir su comentario.

—La viuda no tendría que haber estado patinando sobre hielo y punto. Emily ya intentó dejarlo claro.

—Motivo por el que, probablemente, Emily ya no sea la dama de compañía de la abuela. —Randall se caló el sombrero—. A la abuela nunca le ha gustado que alguien le diga lo que tiene que hacer.

—Sí, ya lo sé. —Su madre suspiró—. Tu padre todavía está sufriendo las consecuencias de los muchos escándalos que ha protagonizado su madre. Ya es lo bastante difícil heredar un título de forma inesperada siendo el segundo en la línea de sucesión. La gente habla. Pero que cuestionen todo lo que él hace porque su madre era hija de un profesor de Cambridge es una carga muy pesada para cualquier familia.

—Pues no parece haber perjudicado a ninguno de mis hermanos.

Los dos hermanos de Randall se habían casado muy bien. El hecho de que Randall no consiguiera verse casado ni compartiendo su vida con una mujer parecida a sus cuñadas era parte del motivo de que siguiera soltero a la edad de veintisiete años.

—Pues no. Hemos tenido que ser muy cuidadosos con las apariencias, pero ha merecido la pena.

¿Ah, sí? ¿Qué habían ganado gracias a la obsesión de sus padres por ocultar los numerosos escándalos de una abuela a la que le encantaba divertirse? Era cierto que de no haber sido así quizá su hermano Cecil no se

hubiera casado tan bien, pero George iba a ser conde. Que en su árbol genealógico hubiera algún personaje excéntrico no le podía hacer daño a nadie.

Incluso un hermano excéntrico que se planteaba la posibilidad de flirtear con la dama de compañía de su abuela.

Su madre entrelazó los dedos y miró confundida su caballo, que seguía en el camino enterrando el hocico entre unas hojas secas que tenía a sus pies.

—¿Y a dónde vas si no es a casa?

—Mmm, a Cloverdale. —Se esforzó todo lo que pudo por parecer lo más despreocupado posible. Lo último que necesitaba era que su madre sufriera un ataque de pánico—. A ver a la abuela.

—Ah. —Guardó silencio unos segundos, pero en su cara no vio nada que le dejara entrever en qué estaba pensando—. Nos vemos para comer, entonces.

Randall asintió y montó en su caballo sintiéndose bastante ridículo: Cloverdale estaba a un kilómetro y medio de allí. La noche anterior había ido y vuelto caminando, y se sentía un poco absurdo recorriendo aquella distancia a caballo. Aunque *Nero* necesitaba salir a estirar un poco las patas, y Randall aplacó la vergüenza que sentía tomando el camino más largo hacia Cloverdale.

El aire era frío y húmedo y le pellizcaba los pulmones cada vez que respiraba hondo. A su alrededor flotaban las nubes heladas que emanaban del aliento de *Nero*. Nevaría muy pronto, quizás ese mismo día o mañana.

Y así fue. En cuanto divisó Cloverdale empezaron a caer los primeros copos. Las redondeadas y elegantes líneas de la casa siempre le habían encantado, mucho más que los imposibles muros de piedra de Helmsfield. No le extrañaba nada que la abuela hubiera hecho las maletas y se hubiera trasladado allí poco después de que su hijo tomara posesión del condado y se hubiera marchado a vivir a la finca familiar. Ni siquiera había terminado de teñir toda su ropa de negro cuando la empaquetó.

Cuando llegó instaló a *Nero* en uno de los dos establos vacíos de las pequeñas cuadras que había detrás de la casa y se apresuró a subir los tres escalones de la entrada.

Al acercarse a la puerta principal oyó las notas de una apasionada pieza espectacular. Por lo visto, su abuela ya tenía visita. Alguien que sabía tocar. Quizá fueran dos intérpretes. Era imposible que una sola persona pudiera tocar todas aquellas notas.

La doncella lo recibió en la puerta y lo saludó con una reverencia antes de hacerlo pasar al salón. Randall solía ir a casa de la viuda en cuanto llegaba a la ciudad. Cuando estaba allí leía o jugaba al ajedrez con su abuela mientras la señorita Goodwill hacía punto sentada en un rincón. Siempre estaba tejiendo. Era una actividad ligeramente más aburrida que las banales piezas que tocaba cuando la abuela la llevaba a las cenas familiares.

Antes de llegar al salón oyó la voz de su abuela.

—Poderoso sermón el del domingo; ahora resulta que no debemos preocuparnos por lo que opinen los demás.

El ritmo de la música aumentó y las notas empezaron a emerger rápidamente de las teclas.

—Eso no fue lo que dijo el vicario, y lo sabe. Dijo que era más importante que una persona se presentara pura ante Dios que conseguir que la comprendieran sus iguales.

Randall frunció el ceño. Era la voz de la señorita Gooding. Estaba casi seguro. Pero sonaba igual que había sonado durante aquellas intervenciones de la noche anterior: firme y segura, y sin ese delicado deje de disculpa que tanto detestaba.

—Bah.

—No puede usted decir «bah», lo pone en la Biblia. Estaba leyendo el libro de Romanos. —Siguieron oyéndose varios acordes intrincados que llenaban la estancia—. Además, usted misma actúa según su fe y conciencia en lugar de según lo que se espera de usted, aunque no quiera admitirlo.

Se hizo una pausa durante la que no se oía más que la preciosa y cautivadora música del piano.

—Bah —repitió su abuela, aunque en esa ocasión lo dijo con un evidente tono humorístico.

Randall se acercó a la puerta del salón y volvió a quedarse de piedra. No había invitados ante el piano. Solo era la señorita Gooding, que estaba

tocando tan bien como los maestros a los que él había oído en los teatros, y lo estaba haciendo mientras mantenía una conversación con una agudeza a la altura del ingenio de su abuela.

Y no le quedó más remedio que admitir que la escena le resultaba salvajemente atractiva.

Carraspeó.

—Pero también debemos tener en cuenta lo que nos dice la Biblia sobre vivir honradamente a los ojos de los hombres. Hay que temer a Dios al mismo tiempo que honramos a nuestros reyes.

Fue una forma muy brusca de anunciar su presencia, y los dedos de la señorita Gooding frenaron la melodía en seco.

Su abuela levantó la vista.

—¡Randall! Perfecto. Eres el hombre que necesito.

—¿Ah, sí? —preguntó.

—¿Ah, sí? —inquirió la señorita Gooding al mismo tiempo.

—Pues claro. —La viuda señaló a su dama de compañía con un dedo tembloroso y encorvado—. A ti te cuesta muchísimo traer buenas ramas del bosque.

La señorita Gooding alzó sus cejas doradas e hizo una mueca con los labios. Sin embargo, en lugar de darle a su rostro un aspecto anguloso y afilado, el gesto le dio una apariencia como de un hada o una ninfa de los bosques sobre la que escribiría Shakespeare. Randall tardó un momento en comprender que aquella percepción solo estaba en sus ojos. La chica estaba observando directamente a la viuda, no mirándose los zapatos ni el suelo. La expresión que brillaba en sus pálidos ojos azules parecía completamente distinta.

—No sabía que hoy iba a salir a pasear por el bosque.

—Y no era así. —Su abuela se ajustó el chal. Él vio el broche de plata que le había visto lucir toda la vida—. Pero ahora que ha venido Randall, ya puedes ir.

La dama de compañía se levantó y se cruzó de brazos.

—¿Y para qué voy a salir al bosque?

La abuela se tapó la boca con el chal y tosió varias veces. Se estremeció al

hacerlo. Al poco tragó saliva y siguió hablando como si nada hubiera ocurrido.

—Quiero ramitas de abeto para hacer adornos de Navidad.

Se hizo silencio en el salón.

Randall dio un paso adelante.

—Falta una semana para Navidad, abuela.

Antes de que la anciana pudiera contestar, la señorita Gooding dio un paso adelante con las manos entrelazadas y pegadas al pecho como si fuera una niña emocionada.

—¿Y por qué tenemos que limitarnos a celebrar el nacimiento de Jesús a un solo día, o doce? No hay ninguna norma que diga que no podamos alargar un poco las fiestas.

Randall frunció el ceño.

—Pero la tradición...

—Está para romperla —contestó con firmeza la señorita Gooding.

Randall la miró. Últimamente se sorprendía mucho haciéndolo. La joven ya no se amedrentaba, ya no se escondía. En realidad, parecía más que dispuesta a salir con él a recoger algunas hojas y ramas.

Parecía que fuera a talar un árbol entero.



Capítulo 4



Sarah se puso el abrigo y salió en dirección al bosque que había delante de la casa de la viuda. Intentaba no pensar en lo que era evidente, en el destino que *lady* Densbury sin duda había aceptado, pero cada rama que se planteaba recoger, cada hoja de acebo que arrancaba, se lo recordaba.

El señor Everard se sacó un cuchillo de la bota y cortó una rama de abeto especialmente bonita.

—¿Haría el favor de recordarme otra vez por qué estamos haciendo esto cinco días antes de lo normal?

—¿Se refiere aparte del hecho de que su abuela querría que usted se enamorase de mí?

Sarah se llevó la mano enguantada a la boca y notó que abría los ojos como si fueran dos platos; tanto, que notaba la piel de alrededor tirante.

Pero cuando el señor Everard terminó de cortar la rama y se volvió para mirarla por encima del hombro estaba sonriendo.

—Sí. Aparte de eso.

Por suerte, después de contestar, él volvió a concentrarse en la rama, porque a Sarah no se le habría ocurrido ni una sola respuesta mientras él la estuviera mirando. Aunque tampoco es que se le ocurriera nada decente que decir cuando no la estaba mirando.

La realidad era que *lady* Densbury no estaba bien. Últimamente no comía mucho y se movía menos todavía. Cada vez tardaba más en recorrer el camino que había desde la finca. Cuando Sarah había empezado a trabajar en la casa, ella y la viuda hacían el trayecto cómodamente en veinte minutos. Ahora tenían suerte si lo cruzaban en el doble de tiempo.

Pero no tenía corazón para decirle a aquel hombre que temía que su abuela estuviera muriendo.

—¿Sabe? —dijo el señor Everard, como si en realidad no hubiera

esperado en ningún momento a que Sarah contestara—. Si estamos destinados a amarnos o cualquier cursilería por el estilo, debería llamarme Randall.

—Sarah —contestó ella casi automáticamente. No conocía a mucha gente que la llamara por su nombre de pila. La viuda había sido la única que lo había hecho en mucho tiempo, y nunca le había pedido a Sarah que la tuteara a ella también—. Y si no te importa, preferiría no tener que coprotagonizar ninguna historia de amor trágica.

Randall guardó silencio unos segundos; lo único que se oía bajo la serena nevada era el crujido de las ramas. Las oscuras y enceradas hojas de un arbusto de acebo empujaron a Sarah a internarse un poco más en el bosque para recolectar las que se veían más bonitas y cargadas de bayas rojas.

—¿Alguna vez has coprotagonizado alguna historia de amor trágica?

Sarah se enderezó y miró a Randall, que seguía dándole la espalda y parecía concentrado en el árbol.

—¿Por qué me preguntas eso?

La miró muy sonriente.

—Porque mi madre está convencida de que tienes algún pasado oscuro y misterioso que surgirá de la nada para sumir a mi familia en la ruina. Y como soy el único hijo soltero que queda, mi futuro es el más vulnerable y he querido prepararme.

—No. —contestó ella con un hilo de voz; de pronto tenía la garganta seca. Tragó saliva—. No hay ningún amante despechado que esté esperando la oportunidad de condenarme.

De pronto el arbusto de acebo se convirtió en lo más importante del mundo para Sarah, que se concentró en recoger la mayor cantidad de ramitas posible. Era evidente que a ninguna familia respetable le gustaría tener nada que ver con su pasado, pero no pensaba revelarlo. A Sarah la habían abandonado de niña y la habían dejado al cuidado de dos mujeres maravillosas que la habían querido mucho. Aquellas mujeres nunca la delatarían, y los padres que la habían traído al mundo sin estar casados no iban a volver a buscarla a aquellas alturas de la vida.

Randall apareció por detrás de ella con los brazos llenos de ramas.

—¿Crees que querrá algo más aparte de las ramas de abeto y el acebo?

—Probablemente también quiera una bola de muérdago bajo la que poder atraparnos —murmuró Sarah. Volvió a llevarse la mano a la boca y se pinchó con una de las hojas de acebo—. ¡Ay!

Cuando se apartó las manos de la cara y empezó a agitarlas se le cayeron todas las ramitas cargadas de bayas al suelo; como si aleteando de aquella forma fuera a aliviar antes el dolor. Aunque por lo menos el pinchazo acabaría pasando. La vergüenza que sentía no iba a desaparecer. Nunca.

Una carcajada grave y cálida resonó por el bosque.

Sarah fulminó a Randall con la mirada mientras se llevaba los dedos a la cara y se tocaba con delicadeza. La diversión que vio en sus ojos y la gran sonrisa de sus labios hicieron que se le formara un nudo en el estómago a Sarah.

—¿Estoy sangrando?

La carcajada de Randall se apagó un poco.

—Me parece que no. —Se arrodilló para dejar las ramas en el suelo y se acercó a ella—. Ven, déjame ver.

Randall le deslizó los dedos por debajo de la barbilla y le levantó la cara. Sarah parpadeó atrapada en su mirada gris azulada. Le resultaba un poco inquietante ser el centro absoluto de su atención. No estaba segura de que siquiera la viuda se hubiera concentrado nunca tanto en ella.

—Tienes un arañazo o dos, pero nada grave. —Le deslizó un dedo por el pómulo y le quitó una hoja del pelo—. ¿Te sigue doliendo?

Notaba una zona especialmente sensible en una parte del labio, pero no pensaba decírselo. Con un poco de suerte, su absurda escena con el acebo habría servido para que él olvidara el comentario sobre el muérdago, y no pensaba hacer nada para recordárselo.

—Me parece que me he asustado.

Volvió a notarse la boca seca y la voz ronca. Tenía la cara de Randall muy cerca, tanto que podía ver cómo las pestañas del ojo izquierdo se le juntaban hacia el rabillo. Percibía su olor corporal por encima del aroma de las ramas de abeto recién cortadas, una fragancia terrenal con notas de cuero y musgo. Al sumarse al evidente olor a Navidad y nieve, Sarah sintió que la cabeza le

daba vueltas hasta que ya no podía pensar en nada y no conseguía ver nada que no fuera él.

Randall bajó las manos y dio un paso atrás. Sarah se sentía un poco mareada; era como si hubiera evitado caer por un precipicio.

Él agarró las ramitas de acebo y las colocó encima de las ramas de abeto. Después lo recogió todo del suelo.

—Con esto bastará para decorar el salón.

—Sí, debería bastar.

Sarah clavó los ojos en el suelo y pasó por delante de él camino de la casa. ¿Qué acababa de pasar?



«¿Qué acababa de pasar?» Randall siguió a Sarah con un montón de ramas de abeto en los brazos. Solo estaban manteniendo una conversación inofensiva, y con un solo comentario sobre el muérdago él había estado a punto de actuar como si de verdad estuviera debajo de una rama de aquella planta. Sí, ya sabía que se sentía un poco atraído por Sarah, que sentía curiosidad por lo que había descubierto de ella durante los últimos dos días, ¿pero tanto como para querer besarla?

Y lo peor era que aquel sorprendente momento había hecho que la Sarah divertida y encantadora volviera a esconderse.

Hicieron el camino de vuelta a la casa en silencio; Sarah caminaba tres pasos por delante de él y los esponjosos copos de nieve le caían con suavidad sobre el pelo, brillaban un segundo y se derretían enseguida.

Cuando entró en el salón dejó el montón de ramas sobre la mesa que había junto a los enormes ventanales.

—Huele a Navidad.

La abuela suspiró y se levantó muy despacio del sillón que había cerca de la chimenea. Respiró hondo y le volvió a dar la tos.

Durante la hora siguiente, mientras la nieve caía por detrás de los cristales, los tres se pusieron manos a la obra hasta conseguir representar el bosque en el salón. Sarah colgó ramas de abeto en las ventanas y Randall retorció

algunas para formar una guirnalda que colgó de la repisa de la chimenea. La abuela fue entretejiendo ramitas de acebo por los brazos del candelabro que había sobre el piano.

La anciana canturreaba sola mientras trabajaba hasta que Sarah se sumó a ella y empezó a cantar. Era sorprendente lo mal que cantaba teniendo en cuenta el talento que Randall le había visto demostrar al piano cuando había entrado en la casa. No pudo evitar sonreír y sumarse a la diversión.

Sin embargo, poco después, la abuela volvía a estar sentada en el sillón junto al fuego, y Sarah corrió a extender bien el chal para taparle los hombros. Para cuando Sarah ya lo había dispuesto todo tal como a ella le gustaba, la abuela ya estaba roncando con suavidad.

A Randall no le pareció muy festivo seguir decorando mientras su abuela dormía, así que apiló el resto de las ramas y las dejó en un rincón en el suelo.

Una doncella apareció en la puerta con una bandeja con comida.

—¡Vaya! ¿Ya está dormida?

—Sí —contestó Sarah en voz baja antes de asentir en dirección a la mesa que hasta hacía un momento había estado llena de ramitas—. Deja la comida. Yo comeré ahora y ella puede hacerlo cuando despierte.

Randall miró la mesa donde la doncella estaba dejando una bandeja que contenía comida más bien para una sola persona. ¿Su abuela no salía nunca de aquel salón?

—¿Va usted a acompañarlas, señor Everard? —preguntó la doncella.

—No —contestó Sarah.

Randall miró a la dama de compañía con los ojos entornados antes de hablar lenta y deliberadamente.

—Sí. Me parece que sí.

Sarah hinchó las mejillas y luego soltó una bocanada de aire por entre los labios apretados.

La doncella se despidió agachando un poco la cabeza.

—Les traeré más comida enseguida.

Sarah esperó a que la doncella se hubiera marchado antes de tomar una cesta que había junto al sillón de la viuda y se acercó a la mesa que había al lado de la ventana. Después de servirse una pequeña ración de pan, queso y

jamón en el plato, se sentó en la silla y sacó una pequeña servilleta de tela de la cesta.

¿De verdad pensaba no prestarle atención? La idea divirtió a Randall y le hizo pensar que la tímida lejanía que la joven siempre demostraba cuando estaba en compañía de su familia quizá no se debiera al miedo, sino a un sutil rechazo. Una especie de desaire. Lo cierto es que no la culpaba si ese era el caso. No era por casualidad que él apareciera tan poco por Helmsfield.

Se oyó un resoplido entrecortado procedente del sillón de la chimenea. El ronquido se transformó en silencio antes de dar paso al siguiente. No sonó bien, pero Randall no tenía experiencia suficiente con los ancianos como para saber si debía preocuparse. Dejó que la matriarca siguiera descansando y se acercó a la silla que aguardaba al otro lado de la mesa, frente a Sarah.

Se metió un trozo de queso en la boca y observó cómo la joven acercaba una aguja a la tela. Tardó un momento en darse cuenta de que estaba descosiendo en lugar de cosiendo.

—¿Qué estás haciendo?

Sarah se ruborizó y guardó silencio un momento.

—Estoy deshaciendo los puntos que tu abuela ha cosido esta mañana.

Randall se quedó de piedra con un trozo de jamón a medio camino de la boca.

—¿Los estás deshaciendo?

—Sí.

Tiró unas cuantas veces de la hebra y soltó otro trozo de hilo.

Cuando miró la tela que ella tenía sobre el regazo, Randall advirtió que ciertamente había unos cuantos puntos que parecían torcidos, flojos y descentrados, pero el resto de la labor parecía pulcra y precisa, sencilla. Su abuela debía de haber tenido un mal día.

De vez en cuando, Sarah paraba y comía un poco. La doncella trajo otra bandeja, pero Sarah seguía trabajando en silencio, y Randall se quedó allí sentado, en silencio también, sin dejar de pensar mientras comía tratando de comprender a la compleja dama de compañía.

Cuando la joven hubo terminado de deshacer todos los puntos que su abuela tanto se había esforzado por coser aquella mañana, Randall ya tenía un

buen montón de preguntas que hacerle. Esperó a que ella dejara la labor, pero no lo hizo. Se cambió la aguja de posición y empezó a coser todo lo que acababa de descoser. Lo hacía con pulcritud y ordenando los puntos igual que el resto de la labor.

A Randall se le ocurrieron otro montón de preguntas. Realmente había mucho más en aquella chica de lo que jamás se había planteado.

Carraspeó e intentó hablar en voz baja para no despertar a su abuela.

—¿Siempre has sido dama de compañía?

Sarah dejó de mover la aguja, que se quedó asomando por la tela como si fuera una daga aguardando. Sorprendentemente, la joven levantó la vista haciendo evidentes esfuerzos por reprimir una sonrisa.

—¿Sigue usted intentando descifrar mi oscuro pasado, señor Everard? —Negó con la cabeza y chasqueó la lengua antes de volver a concentrarse en la costura—. No, pero siempre supe que estaba destinada a llevar una vida de servidumbre. Y la ocupación de dama de compañía es un poco mejor de lo que siempre había aspirado a ser.

Ahora le tocaba a él volver a sorprenderse. Sarah hablaba muy bien, era educada, y era evidente que había recibido educación musical de niña. Randall había asumido que procedía de alguna familia de clase media, alguien mal relacionado, como algunas de sus primas.

Como una de las personas en las que él estaba destinado a convertirse.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Sarah lo miró y Randall volvió a atisbar a esa chica apasionada que probablemente su abuela conociera tan bien. Sonrió un poco y en sus ojos refulgió un brillo travieso—. Pues porque nunca me ha parecido que la suciedad y la inanición fueran objetivos a los que aspirar.

Randall notó que se le escapaba una sonrisa.

—¿Y por qué decidiste ser dama de compañía? ¿Tus padres ni siquiera consideraron la posibilidad de casarte con alguien que tuviera una buena posición?

A la joven se le ensombreció el rostro y volvió a clavar los ojos en la labor.

—Yo no tengo padres.

Randall tomó aire.

—¿Murieron?

Sarah guardó silencio durante un buen rato. Demasiado. En realidad calló durante tanto tiempo que Randall empezó a preguntarse si llegaría a contestarle. ¿Estaría planteándose si podía confiar en él?

La joven dobló la muñeca con aspereza y cortó de un golpe seco el hilo con el que estaba cosiendo.

—Lo cierto es que no sé si están muertos o no. No sé quienes son.

No tenía a nadie. La idea hizo que Randall se hundiera en la silla. No sabía qué cara estaría poniendo, pero fuera la que fuese ella lo miró una vez y eso bastó para que decidiera compartir un poco más con él.

—Me crió una mujer maravillosa. Nos escribimos. Y sé que si las cosas se ponen feas podría volver con ella y cuidaría de mí sin dudarlo, pero yo no quiero eso, ni para ella ni para mí. Lleva una buena vida y está ayudando a otros niños que no tienen adónde ir, mientras que yo soy perfectamente capaz de valerme sola.

Randall no dudaba de su convicción, ya no. Sarah había demostrado tener una voluntad de acero cuando convenía. Lo que no conseguía comprender era cómo había conocido a la viuda. Todo el mundo sabía que su abuela era un poco excéntrica, pero...

—¿Dónde trabajabas antes de venir aquí?

Sarah le sonrió.

—Trabajaba como doncella de un profesor de música. Pensé que trabajar para alguien que amase la música sería perfecto. Siempre había soñado que aprendería más solo por estar en el mismo edificio que él. Y lo hice. Un poco. Siempre que conseguía pegar la oreja a la puerta cuando él estaba dando clases.

Sarah esbozó una sonrisa conspiradora, se posó la labor en el regazo y se inclinó un poco sobre la mesa.

—Pero lo que tú quieres saber en realidad es cómo conocí a *lady* Densbury.

Randall no pudo evitar reírse por lo bajo mientras asentía y admitía que ella tenía razón haciendo un gesto afirmativo con la mano.

—La ayudé a salir de debajo de un montón de nieve.

Randall alzó las cejas.

—¿Esa historia es cierta?

—No sé qué historia habrás oído, pero sí, ella estaba patinando sobre hielo, no giró a tiempo y cayó en una montaña de nieve. Yo la ayudé a salir y después le di la mano mientras patinaba. Cuando estábamos dando la segunda vuelta por el estanque se dio cuenta de que había perdido el broche, y yo rebusqué entre la nieve hasta que lo encontré. Cuando se lo devolví me ofreció el trabajo. Allí mismo, en el parque.

—Y despidió a Emily.

Sarah hizo una mueca de dolor y se encogió de hombros.

—Emily no la ayudaba a patinar. Por eso se cayó en la nieve.

—Bueno, es una mujer mayor.

—Eso no es motivo para dejar de vivir la vida.

Y por eso la había contratado su abuela.

La viuda no tenía ningún motivo para molestarse en pedir referencias, no se mezclaba lo suficiente con la alta sociedad como para preocuparse por lo que pudiera pensar la gente o siquiera exponer a su dama de compañía al escrutinio público. Solo quería vivir intensamente los últimos días que le quedaban en lugar de esperar a que se le escapara la vida en silencio.

—Pero soy una persona muy poco interesante —afirmó Sarah mientras le hacía un nudo al hilo y volvía a dejar la labor en el cesto—. ¿Qué hace el hijo de un conde pasando la tarde en casa de la viuda?

—Lo mismo que mi abuela al contratar a una dama de compañía a la que no conoce.

Randall se inclinó hacia delante porque no quería perderse las expresiones que había puesto Sarah. Solo tenía unos segundos para descifrarlas antes de que las escondiera.

—¿Y qué...? —se le quebró la voz y tragó saliva antes de volver a intentarlo—. ¿Qué es eso?

—Vivir.

Y era cierto. No creía que pudiera vivir a la sombra de sus hermanos, en la silenciosa condena de su familia. Allí no había nada para él. Era el tercer hijo.

Sus padres no tenían nada que ofrecerle. Nadie lo decía, pero todos lo sabían. Especialmente George. Se había ido distanciando de Randall desde que terminó la escuela. Ahora ya solo hablaban cuando comentaban los negocios de la finca, o cuando él y Randall participaban en la misma conversación durante las cenas familiares.

Pero allí, con Sarah, con su abuela, ese futuro no le parecía una condena. Allí se divertía.

Sarah deslizó el dedo por el borde de la taza de té.

—¿No te ves viviendo en Bluestone? Allí es donde pasas la mayor parte del tiempo, ¿no?

Randall asintió.

—Me gusta trabajar en la granja. Ver los frutos de mi trabajo. Planificar y preocuparme por la tierra para que produzca las mejores cosechas posibles. Es un desafío, y nunca me aburro. Al principio solo era un sitio al que ir para sentirme importante, pero ahora me gusta de verdad.

No era una actividad sin más, aquello le daba una razón de ser. Randall sería feliz si pudiera convencer a su padre para que le ayudase a comprar una pequeña granja en algún lugar, solo un trozo de tierra donde cultivar sus propias cosechas y llevar una vida sencilla. Con eso sería suficiente.

La idea le sorprendió, pero no tanto como el hecho de que Sarah compartiera con él algunas de sus ideas sobre las cosechas y la agricultura. Mientras se tomaban entre los dos una tetera entera, hablaron sobre agricultura, ciclos climáticos y rotaciones de cultivo.

—Cultivo mucho ruibarbo en Bluestone. ¿Alguna vez has comido ruibarbo?

Ella negó con la cabeza.

—Crecí en Wiltshire y después me fui a trabajar a Londres. Mis experiencias gastronómicas no han sido muy variadas.

Antes de que Randall pudiera seguir hablando, Sarah lo miró y agitó la cabeza en dirección a la chimenea.

—Ya está despierta.

—¿Abuela?

Randall se volvió en dirección al sillón.

—Llevo despierta desde la discusión sobre las ventajas de plantar nabos en lugar de patatas —dijo en voz baja.

Randall se volvió hacia Sarah, que no parecía en absoluto preocupada por las excentricidades de su abuela.

—¿Por qué no ha dicho nada?

Sarah se encogió de hombros.

—Supongo que le parece divertido.

Había algo más, algo que Sarah no le estaba contando. Estaba convencido de que su abuela no había hablado en serio la noche anterior cuando sugirió que se casara con ella.

Y, sin embargo, la idea le parecía menos descabellada a cada hora que pasaba.



Capítulo 5



Randall volvió el viernes.

Jugaron al ajedrez mientras la viuda le decía a Sarah todo lo que iba haciendo mal. Por suerte, la anciana se limitó a corregir los movimientos que Sarah hacía sobre el tablero y no se metió con las elecciones que había hecho en la vida. Y si Sarah encadenaba una serie de movimientos absurdos para que la viuda siguiera teniendo algún motivo por el que quejarse, lo único que se resentía eran sus probabilidades de ganar.

Después él se había quedado a cenar, cosa que estresó mucho a la pobre ama de llaves. Nunca habían tenido que preparar platos muy elaborados ni comidas copiosas, por lo que la perspectiva de tener invitados era emocionante. Habían comido igualmente en la mesita del salón y cuando Randall se había marchado para volver a Helmsfield la viuda se sentía cansada pero feliz. Había necesitado la ayuda de una doncella y de Sarah para irse a la cama y se había dormido inmediatamente, con una sonrisa en la cara y haciendo ruidito cada vez que respiraba.

Sarah había sentido la necesidad de estar activa hasta la hora de acostarse y se había sentado en el salón para terminar el último de los pañuelos bordados que *lady* Densbury quería regalar a sus empleados por Navidad. Metió el pañuelo en la última caja de madera y entró en el dormitorio de la viuda para dejar el regalo en la cesta, junto a las demás cajas de Navidad.

La respiración agitada de la anciana seguía resonando en la estancia, pero sonaba un poco mejor que antes.

Cuando Sarah se acostó, se durmió con una sonrisa en los labios.

Seguía sonriendo cuando se vistió a la mañana siguiente y cuando bajó las escaleras. Pero se le borró un poco la sonrisa cuando se dio cuenta de lo tranquila y silenciosa que estaba la casa al llegar al final de las escaleras. Miró por la ventana y se dio cuenta de que durante la noche había estado

nevando en serio: el suelo estaba cubierto por un brillante manto de color blanco.

¿Sería ese el motivo de que todo transmitiera una sensación de profunda calma? La nieve lo contagiaba todo. Miró a su alrededor. No, había algo más... Era como si nadie se moviera, como si Sarah estuviera sola en aquellas estancias tan elegantes.

Corrió a las dependencias de *lady* Densbury con el corazón desbocado en el sosiego de la mañana. Se le heló el aliento en los pulmones cuando abrió la puerta y no oyó los mismos ronquidos ni el traqueteo de la respiración que había oído la noche anterior.

La viuda seguía en la cama. Las mantas se movían suavemente arriba y abajo.

Sarah ladeó la cabeza hasta apoyarla en el quicio de la puerta y soltó el aire tan deprisa que le dolió el pecho. Algún día... pero no sería hoy. Y no quería pensar en eso.

Fue al comedor en busca de alguna actividad relajada con la que ocupar el tiempo. Todavía quedaban ramas de abeto sin colocar, así que se puso a trenzarlas y convertirlas en motivos decorativos para la mesa en la que comían. Descubrió un poco de muérdago prendido a una de las ramas y se le escapó una carcajada; se sonrojó.

El muérdago era plebeyo. Común. Un poco escandaloso, incluso. Todas esas cosas que tanto le gustaban a la viuda. Sacó una cinta del cesto de costura y se puso a hacer un ramillete para colgarlo. Tenía pocas bayas blancas de las que obligan al beso, pero como se trataba de evocar más sentimientos que besos, tampoco importaba.

Teniendo en cuenta los últimos comentarios de la viuda sobre la afición de Randall a pasarse por allí, Sarah no pensaba colgar el adorno en la puerta. Lo que hizo fue subirse a la banqueta que utilizaba para tocar el piano y colgar el ramillete de muérdago en la barra de la cortina. Le daría a la casa un aire festivo, pero cualquiera tendría que estar muy decidido para que lo sorprendieran debajo.

Sarah oyó el tintineo de la campanilla procedente del dormitorio de la viuda que indicaba que la mujer se había despertado. Fue a ayudar a su

patrona a vestirse y prepararse para el día tratando de convencerse de que las muchas horas que dormía la viuda eran algo bueno. Cuando el doctor había pasado por allí la semana anterior había dicho que le convenía descansar. Sarah esperaba que se refiriese a lo que la anciana dormía.

Porque un día de aquellos no despertaría de su siesta, y Sarah no solo perdería a su amiga, sino también el trabajo y su casa. Se esforzó por sonreír al saludar a la viuda. No tenía sentido que pensara en aquellas cosas ese día. Ya se preocuparía por eso cuando ocurriera.



Randall se llamó necio por ir a visitar a su abuela por tercer día consecutivo.

En especial porque sabía que, en realidad, no iba a visitar a su abuela. Quería seguir manteniendo esas conversaciones que tanto le estimulaban y le entretenían. Quería seguir disfrutando de las pequeñas cosas. Quería ver a Sarah.

El único problema era que, por primera vez desde que había completado sus estudios y su abuela le había sugerido que empezara a volar solo, se daba cuenta de la complicación que se había creado al seguir ligado a las propiedades de la familia.

No tenía absolutamente nada que ofrecerle a Sarah.

Era hijo de un conde, había recibido una buena educación y quizá gozara de un buen aspecto, pero no podía ofrecerle mejor futuro que el deshollinador del pueblo. Quizás incluso menos.

Fue de todas formas. Porque nunca había sido capaz de escapar de sí mismo.

Pero cuando llamó a la puerta no obtuvo ninguna respuesta. Tampoco oyó música alegre al otro lado. Levantó el pasador y entró en la casa.

Cuando entró en el vestíbulo oyó unas risas. En el salón se encontró a su abuela y a su dama de compañía sentadas junto al piano y al resto del personal repartidos por la estancia. Una de las doncellas estaba plantada en medio de la sala de estar haciendo equilibrios con un cojín en la cabeza aguantando la respiración mientras intentaba evitar que se cayera.

De pronto la estancia se llenó de vítores, la chica echó la cabeza hacia delante y el cojín cayó al suelo.

—Randall. —La voz de la viuda se abrió paso entre las risas de la estancia—. Llegas justo a tiempo para intentarlo.

A su abuela siempre le había encantado aquel juego. Randall no estaba seguro de si se debía a que se jugase con música —una de las cosas que la anciana más amaba en el mundo— o porque le permitía conseguir que todos perdieran la dignidad y se divirtiesen.

Randall no estaba seguro de querer perder la dignidad delante de Sarah, pero era muy probable que ella valorase más el modo en que él tratase a su abuela que lo distinguido que pareciera, así que se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de la silla antes de extender los brazos a modo de invitación para que su abuela se explayase con él.

La cabeza de rizos grises asintió en dirección a Sarah.

—Empieza a tocar.

La joven alzó las cejas, pero empezó a tocar una canción que Randall recordaba haber cantado en Navidad desde que era niño. Sarah tocaba con suavidad mientras observaba a la viuda en busca de alguna señal que le indicase que debía tocar más fuerte, cosa que indicaría que Randall se estaba acercando a cualquiera que fuese la tarea que su abuela considerase digna del juego.

Randall entró en la estancia mirando fijamente a su abuela. La anciana estaba sentada en un sillón cerca del piano tapada con unas cuantas mantas y una banqueta debajo de los pies. Se la veía pequeña y frágil, pero feliz.

Demasiado feliz.

Randall entornó los ojos. ¿Qué se proponía?

Fue avanzando lentamente por la sala. Sarah empezó a tocar un poco más alto.

Randall dejó de mirar a su abuela y se concentró en Sarah. Se estaba mordiendo el labio inferior y fruncía el ceño preocupada. A medida que él se iba acercando a ella, la joven tocaba más y más alto hasta que la confusión abandonó su rostro y alternó la mirada entre la viuda y el techo.

Randall también levantó la mirada y descubrió un ramillete de muérdago

colgado de la barra de la cortina. Sarah no estaba debajo exactamente porque el piano estaba a casi un metro de la ventana, pero Randall sospechó que, para su abuela, ya estaba lo bastante cerca.

Siguió avanzando lenta pero firmemente, se acercó al piano y lo rodeó hasta que Sarah estuvo tocando con tanta fuerza que casi aporreaba las teclas.

Randall miró el muérdago.

—No querrás poner en práctica esa tradición, ¿no, abuela?

La anciana soltó una risotada.

—Nunca me han gustado mucho las tradiciones, hijo mío, excepto cuando me conviene.

Randall sonrió y arrancó una de las bolitas blancas del ramillete. Miró a Sara, que lo estaba observando con los ojos completamente abiertos y tocaba la misma secuencia una y otra vez. Parpadeó. Pero él no conseguía interpretar su expresión. ¿Quería que la besara? ¿Había pensado en él cuando había colgado el muérdago de la barra de la cortina?

Daba igual cuál fuera la respuesta: una habitación en la que estaban todos los empleados de su abuela no era el mejor sitio para darse el primer beso.

Por lo que, en lugar de inclinarse sobre Sarah, que es lo que sabía que su abuela quería, se inclinó sobre la arrugada mejilla de la anciana y le dio un beso a ella.

Sarah dejó de tocar. En la sala se oyó un suspiro colectivo. La abuela pareció debatirse entre la sonrisa y la confusión. Se le quedó mirando un buen rato mientras Randall la miraba a ella. Al fin, la mujer asintió y se volvió hacia sus empleados.

—Elizabeth, te toca.

Una doncella se levantó del sofá y empezó a avanzar por la estancia en busca del desafío que su abuela le hubiera preparado.

Randall se sentó en una silla y vio tocar a Sarah mientras hacía rodar la baya de muérdago entre los dedos.



Poco después, las doncellas se cansaron de jugar y la viuda se cansó de estar

despierta. Cada vez tenía más tos, así que Sarah hizo parar el juego y sentó a *lady* Densbury en el sofá, junto a la chimenea, y las doncellas volvieron a sus quehaceres. La viuda se quedó dormida enseguida.

Y Sarah se quedó a solas con Randall.

Estaba apoyado en la pared que había entre los enormes ventanales con un tobillo cruzado sobre el otro sin dejar de hacer rodar la baya de muérdago entre los dedos.

Ella se había obsesionado tanto con su forma de jugar con aquella bolita que apenas había podido seguir tocando durante el resto del juego. Lo único en lo que podía pensar era en lo que habría pasado si él hubiera hecho lo que su abuela quería.

¿Y si la hubiera besado?

¿Y si a ella le hubiera gustado?

Sarah carraspeó.

—No pensaba que fuéramos a verte hoy.

Randall encogió un hombro.

—No hay mucho que hacer en Helmsfield. A no ser que mi padre y George tengan que hablar sobre Bluestone, no necesitan que yo esté por allí.

Sarah nunca se había parado a pensar que pudiera ser una suerte no tener legado alguno que condicionase su futuro. Durante años había sentido envidia de las personas que parecían saber adónde iban, que tenían un camino forjado por las generaciones precedentes. Nunca se había planteado qué ocurría con las personas que debían recorrer un camino que condujera a un callejón sin salida o a quienes no les gustaba el que les había tocado.

—Cuando empecé a trabajar para tu abuela me pasé las dos primeras semanas siguiéndola como un perrito faldero.

Randall dejó de hacer rodar la baya de muérdago y la miró ladeando la cabeza.

Sarah se llevó una mano al estómago; estaba nerviosa. ¿Por qué le estaba contando aquello? ¿De verdad pensaba que podría darle algún consejo o tranquilizarlo? Pero tanto si era así como si no, ya había empezado y tenía que continuar. Respiró hondo y continuó:

—Durante esas dos semanas estuve haciendo todo lo que creía que ella

quería que hiciese. Guardaba silencio, solo hablaba cuando ella me hablaba e, incluso entonces, decía lo que creía que ella quería oír. Estaba aterrada por haberme marchado de Londres para ir a un lugar donde no conocía a nadie y pensaba que acabaría abandonada en la nieve.

—Es evidente que algo cambió esa situación —dijo Randall con sequedad. Sarah asintió.

—*Lady Densbury* me llevó a una cena familiar.

—¿Una de las terribles veladas de Helmsfield?

Sarah volvió a asentir.

—Allí me comporté como en todas partes. Cuando volvíamos, ella se paró en medio del camino y me clavó un dedo en el pecho. Me dijo que le daba igual que yo quisiera esconderme durante esas cenas. A fin de cuentas, todo el mundo tenía su forma de sobrevivir. Pero que tenía que olvidarme de aquella tontería cuando volvíamos a casa, porque en Cloverdale no tenía nada que temer.

Randall dejó escapar una risita antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Y dejaste de actuar como un perrito faldero después de aquello?

—No —admitió la joven. Oh, ¿por qué había sentido la necesidad de contarle todo aquello?—. Me esforcé todavía más por ser lo que pensaba que tu abuela quería que fuese hasta el día en que apareció su antigua dama de compañía.

—¿Emily?

Sarah asintió e hizo una mueca de dolor al recordarlo.

—Vino a buscar sus cosas. Estaba enfadada. Ella y la viuda se gritaron, y tu abuela echó a Emily de casa diciéndole que ya le pediría a alguna de sus doncellas que le llevara sus cosas a Helmsfield. Y después de cerrar la puerta parecía... contenta.

»No era que no le gustara Emily —se apresuró a añadir Sarah—. Había disfrutado de la discusión. Así que desde entonces dejé de pensar en cómo mostrarme de acuerdo con ella y empecé a plantearme si de verdad estaba de acuerdo con lo que me decía cada vez que hablábamos. A veces lo estoy y otras no, pero sé que incluso cuando ocurrió aquello tu abuela ya sabía que su cuerpo estaba perdiendo fuelle y quería vivir con alguien que pudiera

estimularla mentalmente.

Se hizo el silencio mientras Randall contemplaba la baya que tenía en la mano.

—¿Por qué me estás contando esto?

—No lo sé. —Sarah suspiró—. Supongo que espero que te ayude a encontrar el valor para preguntarte qué es lo que en verdad quieres. Ya sé que te gusta estar en Bluestone, pero no parece que eso te haga feliz.

Sarah se acercó un poco más a él y deslizó los dedos por encima del piano.

—¿Qué quieres hacer con tu vida?

A Randall se le hinchó el pecho mientras cerraba los ojos y dejaba caer la cabeza hacia atrás.

—Desearía que Bluestone fuera mía —contestó en voz baja—. Me gustaría que la granja fuera completamente mía para poder gestionarla y cultivar en ella sin tener que responder ante mi padre.

—No sé mucho sobre propiedades, pero si no tienes la opción de comprar Bluestone, ¿crees que podrías encontrar otra granja?

¿Por qué lo estaba presionando con aquello? ¿De verdad pensaba que él iba a olvidarse de todo para llevársela a una granjita donde vivirían de cultivar ruibarbos y nabos?

No.

No pensaba eso, pero cualquiera que fuera el motivo, Sarah quería pensar que él era feliz, que estaba viviendo la vida que quería vivir.

Randall levantó la cabeza y abrió los ojos.

—¿Cómo es que eres tan lista, Sarah Gooding?

La joven encogió un hombro.

—Debe de ser por vivir con tu abuela.

Randall esbozó esa sonrisa ladeada que ella sabía que se llevaría consigo cuando llegara el momento de partir, y entonces él miró hacia arriba.

—Estás debajo del muérdago.

Sarah abrió los ojos sorprendida y miró por encima del hombro. No estaba mucho más cerca del muérdago que antes.

—Qué va.

Randall se encogió de hombros y la tomó de las manos para evitar que se

apartara. Después se acercó un poco más a ella.

—Pero podemos arreglarlo.

Sarah dio un paso atrás y levantó la cabeza para mirarlo.

—¿Qué?

—Me has dicho que tome las decisiones necesarias para vivir mi vida, y ahora mismo me encantaría besarte. —Guardó silencio un segundo—. La cuestión es qué quieres tú.

Sarah tragó saliva.

—Creo que...

¿Sería valiente? ¿Tendría el valor de poner en práctica su propio consejo y vivir la vida como quería vivirla?

Sarah dio un gran paso atrás hasta que tuvo la espalda pegada a la ventana y el ramillete de muérdago suspendido justo encima de la cabeza.

—Creo que a mí también me gustaría.



Capítulo 6



Estaba a punto de besar a Sarah Gooding.

La idea lo emocionaba y aterrizzaba a partes iguales.

Dio otro paso para acercarse más a ella y alargó el brazo para tocarle la mejilla. Entonces agachó la cabeza muy despacio. Cuando sus labios por fin se tocaron, no ocurrió con la pasión que él había imaginado. Fue más bien como sumergirse en el lago de Bluestone en pleno verano. Fue una sensación densa y delicada que lo envolvió como una manta agradable y calentita.

Ella le agarró la muñeca, como si temiese que él pudiera apartarse y quisiera retenerlo un poco más.

Pero Randall tenía una noticia para ella: no pensaba marcharse a ninguna parte.

Echó la cabeza hacia atrás muy despacio para disfrutar de la suavidad de los labios de Sarah durante la mayor cantidad de tiempo posible.

Después se quedó allí un rato más y la estuvo mirando hasta que la viuda se despertó haciendo un ruido particularmente fuerte que le provocó una tos muy desagradable.

Sarah le soltó la muñeca y lo apartó un poco para correr hasta la anciana, a quien le ofreció una taza de té y le frotó la espalda con delicadeza.

Randall esperó hasta que ella volvió a mirarlo, y entonces levantó la mano muy despacio y arrancó otra baya de la ramita de muérdago.

Sarah estaba sonriendo cuando él se marchó.

Y él también.



El domingo por la mañana, Randall esperó en la puerta de la iglesia paseando de un lado a otro para entrar en calor. A pesar del abrigo que llevaba, el frío amenazaba con calarlo hasta los huesos. Se preguntaba si sería buena idea

que su abuela saliera con aquel tiempo, pero su padre había enviado el carruaje a Cloverdale, y Randall no pensaba entrar en la iglesia hasta que ella llegara.

Encogió los hombros y se quedó mirando la carretera.

Al fin el carruaje apareció al doblar la esquina. Paró delante de la iglesia y Randall no esperó a que el lacayo abriera la puerta. La abrió él mismo y se encontró con su abuela, pálida y débil, envuelta en tantas mantas que parecía una de esas momias que había visto en el museo egipcio.

Sarah se apresuró a desenvolverla de las mantas para que pudiera bajar del carruaje. Randall acompañó a su abuela a la iglesia a toda prisa. Le hubiera gustado quedarse a ayudar a Sarah a bajar del carruaje, pero proteger a su abuela del frío era prioritario.

Sin embargo, en lugar de caminar hasta su sitio en la parte delantera de la iglesia, su abuela se sentó en el banco libre que había al fondo de la nave.

—Aquí estaremos bien —susurró.

Y Randall se sentó con ella sin hacer caso de las miradas de desesperada vergüenza que le lanzaba su madre y la preocupación de su padre. Cuando Sarah entró no dijo nada; se limitó a deslizarse en el banco y a esperar a que el servicio diera comienzo.

Había sido agradable rezar con Sarah a su lado. Todo parecía más agradable cuando estaba con Sarah.

No estaba seguro de estar preparado para intentar comprar su propia granja y dejar atrás el negocio familiar —a fin de cuentas, esas decisiones había que planearlas bien—, pero quizá, solo quizá, cupiese la posibilidad de que pudiera formar una familia en Bluestone mientras él hacía las gestiones necesarias para seguir por su cuenta un poco más adelante.

Volver a meter a su abuela en el carruaje para volver a casa fue incluso más difícil que meterla en la iglesia. Randall tuvo que tomarla en brazos, y no le hizo ni pizca de gracia advertir lo poco que pesaba. Mientras Sarah le colocaba a la viuda una manta encima de otra, Randall se subió al carruaje y se sentó enfrente de ellas.

La joven lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué estás haciendo?

—No podrás meterla en casa tú sola —afirmó.

Sarah asintió y se volvió a concentrar en su abuela, que volvía a toser. En realidad era más bien como si tomara bocanadas de aire, como si ni siquiera tuviera fuerzas para toser de verdad.

En Cloverdale no le dio a su abuela ni la oportunidad de protestar. Bajó del carruaje y la tomó en brazos con mantas y todo. Mientras, Sarah corrió a abrirles la puerta, y él le pidió al cochero que fuese a buscar al médico.

Le daba igual que fuese domingo. Su abuela, la mujer a la que había acudido siempre que había necesitado a alguien, era ahora la necesitada, y no pensaba defraudarla.



Sarah aguardó en la puerta de los aposentos de la viuda mientras el doctor la examinaba. Ya sabía lo que iba a decir: lo mismo que había dicho las últimas cinco veces que había estado en aquella casa.

«La viuda es mayor».

Bueno, esas no habían sido sus palabras exactas, pero transmitían la idea básica. El doctor no sabía qué le pasaba ni si le sucedía algo, siquiera. Sí, estaba frágil y ya casi no comía, pero era normal en las personas de su edad. Y todos acabamos envejeciendo.

Sin embargo, tenía la sensación de que Randall no iba a aceptar esa explicación tan simple.

En ese momento, el nieto de la viuda estaba paseando en círculos por el vestíbulo, asegurándose de que el doctor no encontrara forma de salir de la casa sin hablar antes con él.

Sarah quería ir a ayudarlo y apoyarlo. Él no había estado en Lancashire el último mes y medio y no había presenciado el paulatino declive de *lady* Densbury. Y aunque hubiera sido así, Sarah no estaba segura de que alguien que no viviera en aquella casa lo hubiera notado.

Cuando el doctor salió del dormitorio se limitó a asentir en dirección a Sarah y se encaminó hacia la puerta.

En la habitación, la viuda volvía a dormir. Parecía que respiraba bien, pero

rápida y profundamente. Sarah acercó una silla a la cama y se sentó; después deslizó la mano por el cubrecama hasta que encontró los delgados y retorcidos dedos de la anciana. Y rezó.



Sarah no sabía cuánto tiempo había pasado, pero despertó de pronto al sentir el peso de una enorme y cálida mano sobre su hombro. Levantó la cabeza del cubrecama y se volvió hacia Randall, que aguardaba de pie a su lado. Aunque no la estaba mirando a ella. Estaba mirando a su abuela.

—Estas serán sus últimas Navidades, ¿verdad?

—Yo... sí. Es probable. No creo que le queden fuerzas para ponerse mejor, aunque pudiera lograrlo.

Sarah parpadeó y negó con la cabeza. No estaba segura de haberse expresado bien.

Randall asintió.

—Quería avisarte de que regreso a Helmsfield. Pero volveré mañana.

Sarah asintió y se le quedó mirando mientras salía del dormitorio; después se quitó el vestido y se metió en la cama con su patrona. Si *lady* Densbury necesitaba algo durante la noche, Sarah quería estar segura de que lo recibía.



Randall estaba completamente convencido de que sus hermanos eran idiotas. Bueno, quizá George no tanto. Su hermano mayor tenía la cabeza bien amueblada respecto a la mayoría de asuntos relacionados con la herencia del condado, pero no tenía ni idea de cuáles eran las necesidades de las propiedades que iba a heredar.

Sin embargo, Cecil era un necio. Se sentaba y discutía sobre política y la gestión de las propiedades con George y el conde como si algún día fuera a tener algo que decir al respecto. Pero en algún momento se toparía con la desagradable realidad, cuando abriera los ojos y se diera cuenta de que lo cierto era que no iba a gozar de una vida mucho mejor que la de Randall.

Desde luego, Randall no se estaba haciendo ningún favor. En ese

momento estaba desempeñando el papel de gerente de la propiedad a cambio de alojamiento y algo de dinero para sus gastos. Todo el dinero que se recogía de las cosechas y los alquileres se lo llevaba su padre. ¿Acaso era muy distinto de lo que estaba haciendo Cecil tratando de encontrar una forma de seguir conectado al negocio familiar a pesar de saber que esa relación tendría que terminar algún día?

Quizá los tres hermanos fueran unos necios.

Tal vez lo fuera toda la familia. Allí estaban, hablando de negocios en la víspera de Navidad. Dado el estado en el que había dejado a su abuela en casa el día anterior y la frivolidad de las fiestas, cabría pensar que deberían tener un lugar mejor donde estar que en el estudio del conde hablando sobre cosechas mientras la nieve se arremolinaba al otro lado de las ventanas.

—¿Y qué hay de Bluestone?

Al oír las palabras de George, Randall dejó de mirar por la ventana. Por fin una conversación en la que podría participar con cierta seguridad y autoridad.

—La producción va bien —afirmó el conde mientras deslizaba el dedo por una lista de cifras del libro de contabilidad que estaba abierto sobre el escritorio.

Randall sacó pecho. No podía evitarlo. Era algo que se le daba bien y en lo que su padre se podía fijar.

—Estamos rotando los cultivos de una forma un poco distinta y cosechamos un diez por ciento más.

—Vaya, eso está bien, ¿no? —George se inclinó sobre el hombro de su padre para mirar el libro de contabilidad—. ¿Y qué cultivamos en esas tierras?

Al conde se le escapó la pluma de los dedos cuando se volvió para mirar a su hijo mayor. Randall sonrió con suficiencia, pero guardó silencio. Si contestaba, George estaría enfadado durante todo el día. No le gustaba desconocer cosas que Randall sí sabía.

—¿Cómo es posible que no sepas lo que cultivamos en Bluestone?

Randall podría haber contestado a esa pregunta. El conde siempre había querido tener cerca a sus dos hijos mayores para asegurarse de que sabían

todo lo necesario sobre lo que significaba convertirse en conde. Por desgracia, las lecciones nunca habían tenido mucho que ver con el condado que dirigirían.

Por supuesto, teniendo en cuenta la forma en que hablaba su padre, Randall no estaba seguro de que siquiera el conde supiera lo que cultivaban en Bluestone.

George se encogió de hombros y alargó la mano para pasar la hoja del libro de contabilidad.

—Me parece que nunca he estado en Bluestone. No sé mucho sobre agricultura.

—No sabes mucho...

El conde negó con la cabeza y frunció el ceño pensativo.

—El mejor campo para plantar ruibarbo necesitará descansar el año que viene, así que deberás planificar qué vas a cultivar en esa tierra —anunció Randall cuando el silencio se había alargado lo suficiente como para que George no se sintiera amenazado por lo que pudiera decir él.

El conde parpadeó unas cuantas veces, abandonó su actitud pensativa y se concentró en Randall. Asintió muy despacio.

—Bien, bien. Entonces las cosas irán un poco más despacio el año que viene. Será un poco más fácil de gestionar.

Randall asintió y se encogió de hombros al mismo tiempo. Eso formaba parte de la naturaleza de la agricultura. Él no se planteaba que las cosas pudieran ser más fáciles o más difíciles. Las cosas sencillamente eran como eran.

Pero entonces su padre sonrió.

Y era la clase de sonrisa que esbozaba cuando tenía una idea.

La clase de sonrisa que aterrorizaba a Randall, porque siempre significaba que sus hermanos iban a tener una oportunidad que él no tendría.

—¡Es perfecto!

El conde dio una palmada en la mesa, se levantó y empezó a pasear por el despacho.

A Randall se le hizo un nudo en el estómago. Cuando su padre sonreía y se paseaba por el despacho no solo significaba que George iba a conseguir

algo bueno, sino que, probablemente, lo iba a lograr a expensas de Randall. Le gustaba pensar que la inquietud que la idea provocaba en el conde se debía a que odiaba incomodar o lastimar a su hijo pequeño, pero Randall nunca había tenido el valor de preguntarlo.

Sin embargo, cuando vio que el conde no continuaba hablando, Randall espetó:

—¿Qué es tan perfecto?

—¡George y Harriet se instalarán en Bluestone! —Su padre dio una palmada—. No sé cómo no se me había ocurrido antes. Tendrán una casa propia para empezar su familia, y nosotros contaremos con una presencia más oficial en la propiedad; siempre es bueno que los arrendatarios vean esas cosas. George podrá adquirir más experiencia y mamá podrá quedarse tranquilamente donde está.

El conde tenía razón. A excepción de un minúsculo detalle.

Bluestone era donde vivía Randall.

Llevaba casi cuatro años instalado allí. Y aunque ya sabía que nunca sería realmente suya, una parte de él había esperado, solo un poco, que quizá lo acabara siendo. A fin de cuentas, era una de las pocas propiedades del condado que no estaba vinculada por ningún mayorazgo, y el conde era libre de legarla a alguien que no fuera George.

Y ahora se la estaban arrebatando mientras su padre todavía seguía con vida.

Randall carraspeó.

—Yo vivo en Bluestone.

El conde asintió.

—Sí, sí, y eso tenía sentido cuando George y Cecil todavía estaban buscando esposa, pero tú estás soltero y eres joven. No hay necesidad de dejarte aislado en aquella propiedad mientras George y Harriet forman una familia—. Se frotó las manos y se meció sobre los dedos de los pies—. No, no, tú volverás aquí. Todavía tienes tu antigua habitación. O también puedes irte a Londres.

—Pero yo no tengo nada que hacer aquí, y mucho menos en Londres — espetó Randall intentando no parecer frustrado y esforzándose por recordar

los versos que había estudiado sobre los planes y las elecciones de Dios y sobre cómo Él lo planificaba todo a mejor conveniencia de aquellos que lo amaban.

Y aunque Randall amaba a Dios, no sentía que Dios lo quisiera mucho a él en ese momento, y estaba teniendo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para recordar que debía aferrarse a la realidad de la situación en lugar de basarse en cómo se sentía al respecto. Sin embargo, la desesperación y la rabia que bullían en su interior se convirtieron en una bestia poderosa, en especial porque sabía que lo que estaba ocurriendo era culpa suya, sabía que no debería haber invertido tanta energía en un lugar que nunca sería suyo. Debería haber empezado a vivir por su cuenta al día siguiente de terminar sus estudios en la academia de Manchester.

—¿A qué te refieres? —preguntó el conde—. El sol sale y se pone aquí igual que en Bluestone. Tu día a día no tiene por qué cambiar en absoluto. Incluso le diré a Richard que puedes trastear por el campo, si quieres.

«¿Trastear por el campo?» ¿Eso es lo que pensaba su padre que había estado haciendo en Bluestone? ¿Acaso creía que no había hecho más que descansar allí?

Mientras el conde siguió explicando sus planes, Randall se dio cuenta de que la respuesta era afirmativa. El conde no tenía ni idea de lo que Randall hacía cada día porque no pensaba que tuviera importancia para el condado. Randall podría pelear por conservar su lugar en Bluestone, ¿pero para qué? ¿Para tener la oportunidad de fingir que era alguien importante?

Randall sabía que su padre y su madre no deseaban que él no hubiera nacido, pero cada día que pasaba tenía más claro que la única forma que conocían de gestionar la existencia de Randall una vez ellos ya no estuvieran en este mundo era evitando pensar demasiado en su vida.

Y eso significaba que ya no había ningún motivo para que Randall siguiera asistiendo a aquellas reuniones con su padre. Cecil podía seguir fingiendo todo el tiempo que quisiera.

Pero Randall ya había tenido bastante.



Capítulo 7



Randall se planteó por un momento agarrar sus alforjas y marcharse en ese mismo instante, pero no podía hacerlo. Para empezar, estaba nevando. Solo un idiota partiría de viaje cuando estaba nevando habiendo alternativa. Y dado que había decidido que él no era ningún idiota hacía solo unos minutos, dejó sus alforjas donde estaban.

De todas formas, no podía quedarse en aquella casa, no podía fingir que estaba bien.

Ni siquiera quería esperar a que alguien le trajera el caballo.

Lo único que tenía que hacer era cruzar la casa por la cocina y enseguida llegaría a los establos, donde podría ensillar su propio caballo como hacía cuando estaba en Bluestone.

En la cocina, que por suerte estaba prácticamente desierta, no se tropezó con sirvientes que se sorprendieran al verlo allí. Vio un pastel. Era dorado y redondo y esperaba para hacer su gran aparición en la mesa de la familia cuando terminara la cena. Randall no sabía si lo habrían preparado para la cena de aquella noche o para la comida de Navidad del día siguiente, pero no iba a llegar a ninguna de las dos celebraciones.

Se lo iba a llevar a Cloverdale. Mientras el conde había estado moviendo a sus hijos como si fueran piezas de ajedrez, Sarah había estado cuidando de la madre enferma del conde. Se merecía aquel pastel más que nadie.

En cuestión de segundos había conseguido que una sorprendida doncella le trajera una cesta. Después envolvió el pastel, lo protegió con trapos para evitar que se moviera en exceso y se dirigió al establo. Cabalgar por la nieve con aquella cesta era difícil, pero lo prefería a ir andando.

Nero avanzaba por el camino levantando nubes de polvo blanco con las pezuñas.

Cuanto más se acercaba a Cloverdale, más conflictivas eran las emociones

que lo embargaban. Se sentía preocupado, sin duda, y también sentía temor por el estado en que pudiera encontrar a su abuela, pero además estaba nervioso. ¿A Sarah le gustaría el pastel? ¿Volvería a tocar para él? Quizás incluso le permitiera volver a sorprenderla bajo el muérdago.

Fuera lo que fuese lo que le guardase el futuro, tenía que ser mejor que lo que estaba dejando atrás, porque sería real. Podría sentir y hablar sin tener que actuar, sin tener que fingir que no tenía problemas.

Cuando salió del bosque, la casa estaba serena y oscura. Se ocupó de dejar bien instalado a *Nero*, pues no sabía cuánto tiempo se quedaría allí.

Oyó música cuando se acercó a la puerta principal. Era un sonido ligero y alegre que lo relajó incluso antes de que posara la mano en el pomo de la puerta. Hasta ese momento no se dio cuenta de lo mucho que había temido llegar y descubrir que su abuela había fallecido.

Y en cuanto desapareció esa preocupación, lo único en lo que pudo pensar fue en lo mucho que sonreiría Sarah cuando viese lo que llevaba en el cesto.



El día anterior, Sarah había estado convencida de que la viuda estaba de camino a la otra vida. Había rezado toda la noche para que Dios le diera la fuerza suficiente para poder despedirse, para tener la oportunidad de hacerlo. La viuda no había descansado bien, había respirado de forma irregular incluso con Sarah a su lado, por lo que la joven había acercado una silla a la cama y había pasado la noche acurrucada en ella.

Pero cuando los primeros rayos de sol habían entrado por la ventana, la anciana se había despertado con una sonrisa. Había desayunado unos bocados de jamón y se había tomado una taza de té entera. Era evidente que estaba muy frágil. Sarah había tenido que acompañarla al salón comedor para ayudarla a sentarse en su sillón preferido. Pero aquella mañana había estado más animada.

Había actuado todo el día como si fuera la mañana de Navidad y nadie se atrevía a contradecirla. Sarah la había convencido de que la visita a la iglesia del día anterior había ocurrido aquel mismo día. Y después la había distraído

tocando todos los villancicos que se le habían ocurrido.

—Tengo una cosa para ti —anunció la viuda mientras ella tocaba las últimas notas de *Bring a Torch, Jeanette Isabella*—. La escondí debajo de tu montón de partituras.

Sarah se levantó de la banqueta y se acercó al estante donde guardaba las partituras. Al final de una de las pilas encontró la partitura de una canción nueva.

—¿*God Rest You Merry, Gentlemen*? —Miró a la sonriente viuda—. Nunca había oído hablar de esta.

—Entonces tocarla será un desafío. Ya iba siendo hora de que te encontraras con alguno.

Sarah esbozó una sonrisa emocionada mientras se sentaba ante el piano dispuesta a descifrar la nueva melodía. Tener música nueva era una noticia casi tan buena como el alegre estado de ánimo de la viuda.

Ya la había tocado una vez y la estaba interpretando de nuevo con algunos adornos cuando Randall entró en el salón con el pelo salpicado de nieve y un cesto en la mano.

—Feliz Navidad —anunció la viuda.

Randall le lanzó una mirada confusa a Sarah y la joven se limitó a encogerse de hombros. ¿Acaso importaba si aquel año la Navidad llegaba un día antes?

—¿Cómo estás, abuela?

La anciana suspiró de felicidad.

—No creo que pueda ir a cenar a Helmsfield esta noche.

Randall alzó el cesto.

—En ese caso supongo que es mucho mejor que yo haya decidido sacar a hurtadillas algo especial de la casa para ti. Aunque no estoy seguro de que deba dártelo ahora. Puede que Sarah se lo coma todo antes de que puedas hincarle el diente.

La joven despegó los ojos del piano. No podía referirse a... Olisqueó el aire del salón, pero las ramas de abeto disfrazaban el sutil olor a limón que parecía emanar del cesto. ¿De verdad había traído lo que ella pensaba?

—Yo nunca le robaría el pastel a una anciana —bromeó la joven.

Randall le sonrió por encima del hombro.

—¿Y qué me dices de un hombre de veintisiete años?

—No puedo prometer nada.

—Bueno, me lo he traído entero, así que imagino que hay de sobra para todos.

Sarah volvió a sonreírle mientras se ponía a tocar por tercera vez la nueva canción utilizando los acordes y adornos que más le gustaban.

Y así fue como pasó el día. Sarah dejó a Randall —y el pastel— en el salón con la viuda mientras se disponía a organizar lo más parecido posible a una comida de Navidad. Como era natural, los sirvientes habían dado por supuesto que Sarah y la viuda comerían con el resto de la familia. Pero dado que *lady* Densbury tampoco iba a comer mucha cantidad de lo que fuera que preparasen, era más importante que consiguieran crear un ambiente festivo y elegante.

Cuando volvió al salón, Randall volvía a estar cubierto de nieve y tenía una expresión ceñuda en el rostro, pero la viuda parecía incluso más alegre y serena que antes.

Mientras los sirvientes se afanaban en el salón y traían muebles y decoraciones de todos los rincones de la casa y empezaban a servir comida para que pareciera una gran fiesta, Sarah se llevó a Randall a un rincón del salón.

—¿Qué ha ocurrido mientras yo no estaba?

Randall se miró las puntas de los zapatos y Sarah por fin comprendió por qué aquella costumbre suya irritaba tanto a la viuda.

—¿Randall?

—Mi abuela me ha encomendado una tarea, eso es todo. —Levantó la vista y la joven advirtió que tenía una mirada más lúgubre que un cielo de nieve—. Una última petición.



Randall vio que Sarah meditaba sobre lo que él había dicho, vio la tristeza que le hundió los hombros. Los dos miraron a la viuda al mismo tiempo y

sonrieron con alegría mientras la Navidad estallaba a su alrededor.

—Hoy se encuentra mejor —susurró Sarah.

Randall asintió.

—¿Pero durante cuánto tiempo? Tenemos que aceptar el hecho de que no puede seguir así toda la vida.

Pero no era solo la muerte inminente de su abuela lo que debía aceptar. Él tampoco podía seguir así toda la vida. Su abuela había tenido razón desde el principio. Había llegado la hora de que buscara un lugar propio. Había llegado la hora de que agarrara el poco dinero que tuviese y se marchara de Bluestone.

Cosa que resultaba muy conveniente, pues lo iban a expulsar de la propiedad de todas formas. Quizá de esa forma lograra sentir que se marchaba por voluntad propia.

—No, no puede seguir así. —Sarah lo miró con dureza—. Pero que se esté muriendo no significa que esté muerta. Así que ya puedes sonreír y venir a aprenderte este villancico nuevo. La mujer se ha molestado en conseguir que me trajeran la partitura y estoy decidida a tocarla hasta que esté canturreando la canción mientras duerme.

A Randall le asomó una sonrisa a los labios antes de que se diera cuenta. La siguió hasta el piano sin protestar, pero una parte de él también lamentaba aquel momento. Porque si se marchaba de Bluestone no tendría nada que ofrecerle. Y si ella abandonaba pronto Cloverdale, él ya no tendría forma de seguir teniéndola en su vida mientras cambiaba de situación.



Habían engullido más de la mitad del pastel. Sarah ni siquiera quería pensar en cuántas raciones se habría comido, pero cada vez que había dejado de tocar el piano o había terminado alguno de los juegos que habían organizado con los sirvientes para entretener a *lady* Densbury, Randall se había acercado a ella con un plato con una ración de pastel y una ramita de abeto.

Sarah tenía los dedos algo doloridos de lo mucho que había tocado el piano aquel día, y también le dolía el costado de lo mucho que se había reído.

Después de todo, había sido un día estupendo.

—Ven aquí, cariño —le dijo *lady* Densbury mientras los sirvientes se llevaban los restos de comida y los platos del comedor—. Quiero ver la nieve.

Randall ayudó a su abuela a levantarse con mucho cuidado y Sarah se acercó a colaborar, aunque no había mucho más que pudiera hacer. La viuda había perdido tanto peso aquellos últimos meses que hasta un niño podría haberla levantado de la silla.

A la anciana se le resbaló el chal de los hombros y Sarah se apresuró a ponérselo bien. ¿Dónde estaba el broche con el que siempre se lo sujetaba?

Sarah frunció el ceño mientras Randall acompañaba a *lady* Densbury hasta la ventana. Al pensarlo se dio cuenta de que hacía un par de días que no veía el broche. Rebuscó por entre las mantas que había en el sillón, palpó los contornos del asiento, incluso se puso a cuatro patas en el suelo para buscar por debajo de los muebles. Pero no lo vio por ningún lado.

—Ven a ver la nieve, Sarah —la llamó la viuda.

La joven dejó de buscar y se acercó a *lady* Densbury. Randall le sonrió por encima de los rizos grises de la anciana.

—Es preciosa —opinó Sarah.

Lady Densbury asintió.

—Siempre me ha encantado la nieve. Oculta todas las cosas desagradables. Hace que el mundo parezca limpio. Eso me gusta. Me gusta pensar que así es como me ve Dios, cubierta por un manto de nieve igual que el de ahí fuera. Sin imperfecciones.

A Sarah se le saltaron las lágrimas. La habían criado personas que amaban a Dios, que le enseñaron a amar la Biblia y sus enseñanzas. Y nunca había imaginado que volvería a sentirse rodeada de aquellos mensajes después de abandonar su casa para buscarse la vida. Y vivir durante casi un año con la implacable fe de *lady* Densbury había sido una bendición.

—Me gusta —susurró Sarah—. Me parece que ya nunca volveré a ver la nieve de la misma forma.

Se quedaron allí observando cómo el sol se ponía sobre la nieve inmaculada hasta que la viuda empezó a temblar.

—Me parece que voy a volver a mi sillón —murmuró.

Randall no dijo nada. Se limitó a tomarla en brazos y llevarla al butacón; después le colocó el chal sobre los hombros mientras ella se acomodaba entre los cojines.

—Me voy a ir a casa —anunció Randall—. Pero volveré mañana.

La anciana asintió y le posó una mano temblorosa en la mejilla.

—Recuerda tu promesa.

Randall cerró los ojos y tragó saliva con fuerza.

—Lo haré.

Sarah acompañó a Randall hasta la puerta.

—Feliz Navidad —le dijo con una risita suave.

Él negó con la cabeza.

—Cuando era niño siempre quería más Navidad. Más dulces, más juegos, más canciones. Y ahora que ya lo tengo, no es lo que esperaba.

—Ya imagino. —Sarah esbozó una sonrisa triste—. Pero hemos pasado un buen día.

—Sí. —Randall guardó silencio y se quedó mirando los zapatos otra vez antes de volver a mirarla a los ojos—. Sarah, yo... —Suspiró—. Nos vemos mañana.

Y se marchó. Sarah repasó los surcos de la puerta cerrada con la mano mientras se esforzaba por no albergar esperanzas, pero no lo consiguió. Entre las fiestas y la forma en que se le disparaba el corazón cada vez que él aparecía por la puerta de la sala de estar, era imposible resistirse a la esperanza de que lo que había sido una atracción y un capricho remoto que llenaba un vacío en su vida se hubiera convertido en algo real y mutuo.

Quizás él se quedara unos días. Hasta Año Nuevo. Tal vez incluso más. Era invierno, ¿no? ¿Había mucho que hacer en una granja en pleno invierno?

Esa esperanza le alegró el paso cuando volvió a la sala de estar para hacer compañía a la viuda. *Lady Densbury* tenía una apacible sonrisa en los labios, pero había cerrado los ojos, y sus venas, de ese tono azul pálido, resaltaban sobre su piel, blanca como el papel.

—¿La ayudo a meterse en la cama, *milady*?

La anciana abrió los ojos y suspiró.

—Preferiría quedarme aquí, si no te importa. ¿Crees que podrías tocar algo? Debería sonar música cuando una mujer consigue, al fin, conocer a Jesús.

—Yo... yo... —Sarah apretó los labios; le temblaba la barbilla y se le llenaron los ojos de lágrimas. Ya no podía ver claramente a la viuda. Respiró hondo por la nariz hasta que consiguió tranquilizarse lo suficiente para hablar con la voz temblorosa y apelmazada—. Claro que tocaré.

Se sentó ante el piano y empezó a tocar. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas sin parar hasta que pronto le empaparon el cuello del vestido. Pero tocó de todas formas. Tocó todas las piezas que conocía y algunas que se inventó sobre la marcha. Tocó hasta que se le secó la piel de los dedos y se le empezó a agrietar. Tocó hasta que la respiración ronca que tanto había oído durante los últimos meses dejó paso a un silencio que le resultó más pesado que una mortaja.

Después se hizo un ovillo en el suelo, debajo del piano, y lloró.



Capítulo 8



Randall estaba en medio del vestíbulo de Helmsfield la mañana de Navidad y observaba con la boca abierta el caos que le rodeaba. Los sirvientes corrían por todas partes cargados con ramas de abeto y acebo que llevaban al carro que esperaba delante de la casa. Otro grupo de sirvientes se ocupaba de llenar el carro de comida, y otro colocaba ladrillos calientes en el carruaje que había frente al carro.

Su padre estaba plantado entre los vehículos indicando a todo el mundo lo que tenía que hacer.

Randall dejó pasar a un lacayo que iba a toda prisa y se dirigió adonde estaba su padre.

—¿Qué estamos haciendo?

—Estamos llevando la Navidad a Cloverdale. Después de cómo la vi el domingo no creo que la abuela esté en condiciones de venir aquí. También le he pedido al vicario que venga a comer con nosotros cuando termine el servicio en la iglesia.

Randall recordó la sencilla celebración que habían disfrutado en Cloverdale el día anterior y después observó los intrincados adornos que había reunido su padre. El genuino ambiente relajado de las precoces Navidades improvisadas era la clase de celebración que más le gustaba a su abuela, pero el hecho de que su padre reuniera a toda la familia, a los sirvientes y un carro lleno de comida, bueno, demostraba tener más consideración de la que Randall le había atribuido.

Su madre bajó la escalinata y se fue directa al carruaje con los ladrillos calientes.

—Recoge tu abrigo, Randall. Los hombres tienen que sentarse fuera.

Randall meneó la cabeza, esbozó una sonrisa de medio lado y volvió a entrar en la casa para recoger su abrigo y el sombrero que le trajo uno de los

sirvientes. Mientras se balanceaba en lo alto del carruaje, junto al cochero, sonrió con más ganas. Por fin su familia iba a conocer a Sarah en un entorno donde se sentía más cómoda siendo ella misma. Estaba impaciente por que conocieran a la mujer que él había descubierto.

Cloverdale estaba serena y oscura, igual que las últimas veces que había ido a visitarla. Toda la vida de aquella casa ocurría entre la sala de estar y las cocinas, por lo que no era muy sorprendente que pareciera casi abandonada cuando se la observaba a primera vista.

Se bajó del carruaje de un salto mientras el vehículo todavía estaba meciéndose. La puerta principal se abrió antes de que pudiera subir los escalones de la entrada.

Le bastó con ver la cara del ama de llaves. Randall se quedó de piedra.

—No —susurró.

La mujer abrió los ojos sorprendida cuando vio los carros, el carruaje y a la elegante familia esperando en la nieve. Parecía aterrorizada y los miraba con los ojos muy abiertos por encima de unas sombras de color malva.

—Lo siento, *milord* —dijo—. Lo siento mucho.

Randall corrió hacia la casa y llegó a la escalera al mismo tiempo que su padre.

—¿Cuándo? —espetó.

—¿Cuándo? —repitió el conde—. ¿Cuándo qué?

El ama de llaves sorbió por la nariz.

—Un poco después de las dos de la mañana, creo. Todos nos quedamos despiertos y aguardamos en la puerta de la sala de estar mientras la señorita Gooding tocaba el piano. Fue el momento más apacible que he visto en mi vida, *milord*, si le sirve de consuelo.

El ama de llaves gesticuló a su espalda para señalar a un sirviente que estaba parcialmente cubierto por un abrigo sin abrochar, se había puesto el sombrero y llevaba la bufanda en la mano.

—Estábamos a punto de enviarle a Helmsfield para avisarles, *milord*.

Al conde se le cayó el sombrero que llevaba en la mano.

—¿Ha muerto?

—¿Dónde está Sarah? —Randall encontró las fuerzas suficientes para

mover los pies mientras se preguntaba cómo se estaría sintiendo la joven en aquel momento. Se abrió pasó hasta el vestíbulo—. ¿Dónde está?

—En la sala de estar, señor. No hemos tenido el valor de despertarla.

Randall entró hasta el vestíbulo, pero se quedó de piedra cuando se encontró con la puerta de los aposentos de su abuela abierta. Podía ver la cama desde donde estaba; se dio cuenta de que los sirvientes habían hecho lo que habían podido para prepararla. Si no supiera nada, creería que estaba dormida.

Pero no lo estaba. Y no creía que fuera capaz de poder enfrentarse a la prueba definitiva por sí mismo. Su familia esperaba detrás de él, todos conmocionados, pero ninguno de ellos había conocido a la abuela como él. Como la había conocido Sarah.

Tenía que encontrar a Sarah.

Tuvo que mirar dos veces por la sala de estar hasta que la encontró, hecha un ovillo, dormida en el sillón de su abuela.

Cruzó el salón en cuatro zancadas y se arrodilló delante del butacón para abrazarla.

Sarah parpadeó muy despacio y lo miró; las lágrimas ya brillaban en sus pestañas.

—Toqué —susurró—. Toqué mientras ella buscaba el camino a casa.

Randall le deslizó los dedos por el brazo para quitarle la mano del regazo. Tenía la manos rígidas y la piel seca. Flexionó los dedos muy despacio e hizo una mueca de dolor.

Oyeron un sonido agónico procedente del vestíbulo que resonó en la sala de estar. Sarah se levantó y Randall le pasó el brazo por encima del hombro mientras cruzaban el vestíbulo para enfrentarse a la realidad.

Su padre ya estaba junto a la cama con una expresión de conmoción y desesperación en el rostro. El resto de la familia aguardaba tras él, todos tristes. George posó una mano en el hombro del conde y se alejó de la cama. Dejó el abrigo sobre una silla y empezó a dar instrucciones a los sirvientes. Dio las instrucciones tan rápido que Randall apenas consiguió entenderlas todas, pero enseguida había un montón de personas afanándose en preparar el funeral. A algunos les pidió que fueran a recoger nieve que dispondrían

alrededor del cuerpo mientras la preparaban para el entierro, otros se ocuparon de preparar la comida en la sala de estar con la idea de que todo el mundo tuviera el sustento necesario para conservar la energía que necesitaban para afrontar el día. Incluso mandaron un lacayo a la iglesia, donde todos los vecinos estarían reunidos para el servicio de Navidad. En la casa se desató un torbellino de actividad que Randall apenas conseguía comprender.

Quizá George no supiera que en Bluestone cultivaban ruibarbos, pero era evidente que tenía dotes de buen conde.

Como no sabía qué más hacer, Randall se acercó a la cama observando a su abuela, que parecía tan serena como lo había estado mientras contemplaba la nieve la noche anterior. Quizás incluso más, porque ya no tenía que esforzarse por respirar. Y se quedó allí, con su padre a un lado y Sarah al otro, y lloraron todos juntos.



Sarah estaba tendida en la cama y parpadeaba mirando el techo. ¿Y ahora qué iba a hacer con su vida?

El día anterior había sido muy ajetreado mientras todo el mundo preparaba el funeral en lugar de celebrar la Navidad. Ella había ayudado a la condesa y a las demás damas a preparar el cuerpo. Después habían tenido mucho trabajo en la cocina para dar de comer a toda la gente que vino a presentar sus respetos a la casa.

Pero de pronto ya no tenía mucho más que hacer.

El funeral se celebraría dos días después. Cabía la posibilidad de que la familia conservara los servicios de Sarah durante un tiempo para que se ocupara de organizar las pertenencias de la viuda, pero la verdad es que ella ya no tenía nada que hacer allí.

A menos que pensara en Randall. Después de haber llorado juntos, él se había sentido tan perdido en el frenesí del día como ella y no habían podido estar a solas desde entonces.

Incluso se había marchado con su familia sin despedirse de ella.

Suspiró, se levantó de la cama y se vistió. Le habían traído una bandeja

con el desayuno, y no hacía mucho tiempo, a juzgar por la temperatura del té. La rutina del día a día seguía siendo la habitual. Tanto, que Sarah casi podía convencerse de que los dos últimos días no habían existido.

Bajó las escaleras y se volvió hacia los aposentos de la viuda como hacía siempre, pero el dormitorio estaba silencioso y oscuro, las cortinas seguían cerradas y no dejaban pasar la luz del sol de la mañana.

Haciendo todo el ruido que pudo, Sarah cruzó la estancia y abrió las cortinas. Cuando vio la cama perfectamente hecha y todo en su sitio la realidad se impuso.

Lady Densbury ya no estaba.

Se había marchado de la misma forma que había vivido, a su manera. Extrañamente, lo único que lamentaba Sarah era que la anciana no había tenido la oportunidad de entregar las cajas de Navidad que había preparado con tanto esmero para sus empleados.

Como quería asegurarse de hacer aquello último para la viuda, Sarah fue a la sala de estar a por el cesto lleno de cajas. Pero ya no estaba. Aquel cesto llevaba varios meses en un rincón del salón, y lo habían ido llenando de cajas poco a poco. Pero ahora solo había un papelito.

Sarah se agachó y leyó.

«No te preocupes».

Le dio la vuelta al papel buscando alguna firma o algo que le indicase quién había escrito la nota, pero no encontró nada. La letra parecía masculina, pero el día anterior habían pasado por la casa un montón de hombres. ¿Se habría llevado el cesto alguno de ellos? ¿Pero por qué?

Oyó ruidos en la entrada y salió de la sala de estar con la nota todavía en la mano.

En el vestíbulo vio a la mitad del personal junto a Randall, que tenía en los brazos el cesto lleno de cajas de Navidad. Carraspeó y sonrió.

—He venido a cumplir con la última voluntad de mi abuela.



Randall se apoyó el cesto en la cadera e intentó adivinar qué estaría pensando

Sarah. Parecía descansada, y eso estaba bien. Se alegraba de que la chica hubiera conseguido dormir.

Él no había podido.

Había pasado toda la noche pensando en su abuela, en cómo había salido todo, en la expresión de su padre. Y había llegado a una conclusión.

No quería seguir perdiéndose cosas por culpa de un exceso de planificación y de esperar demasiado.

No, el momento no era ideal y no gozaba de las mejores oportunidades, pero si Sarah estaba dispuesta, cuando terminaran de hacer todo lo que había que hacer allí, Randall quería empezar de nuevo con ella.

Pero primero tenía que entregar aquellas cajas de Navidad.

Las cajitas estaban grabadas con el nombre de cada uno de los empleados, y Randall las fue entregando como si fuera un deber sagrado. Y, en cierto modo, lo era. Era lo último que le había pedido su abuela. Bueno, le había puesto una excusa y le dijo que quería que fuera Randall quien se encargara de repartir las cajas porque quería que Sarah participara de la fiesta en lugar de dirigirla, pero una parte de Randall había sabido que ella no esperaba estar allí aquella mañana para hacerlo por sí misma.

Las doncellas exclamaban encantadas cuando encontraban sus pañuelos bordados con el sueldo de un año en su interior.

Su abuela sabía cómo dejar huella.

Los empleados fueron desapareciendo uno a uno con sus cajitas en la mano. Ya fuera a celebrarlo con sus familias o a tomarse el día libre para intentar relajarse después de toda la tensión acumulada.

Al final solo quedaron él y Sarah en el vestíbulo. Le entregó la caja con su nombre grabado en la tapa.

La joven la abrió con una sonrisa en los labios, pero enseguida desapareció detrás de las lágrimas y se llevó una mano a la boca. Le temblaba tanto la mano con la que sostenía la caja que Randall temía que se le cayera y la agarró para estabilizarla.

El brillo que brotaba del interior de la caja llamó la atención de Randall. Sobre el revestimiento de terciopelo yacía el broche de plata y amatistas de su abuela. Su posesión más preciada. Debajo había una nota que Randall sentía

mucha curiosidad por leer, pero no sabía si Sarah querría compartir el contenido con él.

Sacó el broche de la caja y le colocó la joya en el vestido a Sarah, justo en el hombro.

—Te queda bien.

—¿Por qué haría una cosa así? —susurró Sarah.

Randall asintió en dirección a la caja.

—Probablemente lo explique en la nota.

Sarah dejó la cajita encima de la mesa y desdobló el papel para encontrar una nota escrita en una caligrafía temblorosa y salpicada de motas de tinta.

—Mi querida Sarah —murmuró leyendo la nota en voz alta—. Mi marido me regaló este broche como símbolo de nuestro amor, que era más fuerte que cualquier cosa de las que nos deparó la vida. Siempre que lo veía yo sabía que no debía preocuparme que los demás pensarán que yo no era lo bastante buena para él. Él pensaba que sí y eso era lo único que importaba.

Sarah levantó la mano y acarició la piedra púrpura del broche de una forma dolorosamente parecida a como lo habría hecho su abuela. La joven sorbió por la nariz y siguió leyendo.

—Te la doy a ti para que recuerdes lo mismo. Ran...

Dejó de leer jadeando y cerró el papel.

—¿Qué? —Randall la tomó de las manos y la nota crujió entre ellos mientras le acariciaba la muñeca con el pulgar y notaba el palpito de su pulso—. ¿Qué pone?

—Yo... mmm...

Randall sonrió con la sospecha de que su astuta abuela se había dado cuenta de todo mucho antes que él.

—¿Hablabas de mí?

A Sarah se le sonrojaron las mejillas.

Randall sonrió de oreja a oreja.

—¿Pone que te quiero y que quiero vivir contigo sin importar lo que mi familia pueda pensar de tu misterioso pasado?

Sarah se mordió el labio y parpadeó tratando de reprimir las lágrimas.

—No. —Le dio un poco de hipo—. Pone que Randall es un idiota si no se

da cuenta de lo mucho que lo quieres y que debería decirle a su familia que... que... bueno, dejémoslo en que no piensa que debas ser muy agradable poniéndolos en su sitio.

A Sarah se le había soltado un rizo del pelo y Randall levantó la mano para acariciar el mechón dorado con los dedos.

—Pues resulta que estoy de acuerdo con ella.

La sonrisa que esbozó Sarah fue llorosa porque las lágrimas ya habían empezado a resbalarle por las mejillas, pero eso la hacía todavía más hermosa. Randall agachó la cabeza y presionó su sonrisa contra la de Sarah en un beso que fue tan raro como alegre.

—De ahora en adelante —anunció—, viviremos la vida igual que hizo mi abuela. Amamos a Jesús. Nos queremos. Y los demás pueden compartir esa dicha con nosotros o apartarse de nuestro camino.

—Eso me gusta. —Sarah se puso de puntillas y le dio un delicado beso en la mejilla—. Feliz Navidad.

Randall sonrió.

—Eso fue ayer.

Sarah se encogió de hombros.

—No veo por qué tenemos que poner límites a las celebraciones.

Mientras Randall se reía, Sarah miró dentro del cesto.

—Espera. Todavía queda una caja.

Randall miró hacia abajo y se dio cuenta de que era cierto, todavía quedaba una caja escondida entre la tela que habían utilizado para forrar el cesto.

La sacó y se sorprendió al ver su nombre grabado en la tapa.

En aquella caja también había una carta, aunque estaba colocada encima de otras cosas. Dejó la caja en la mesa y abrió la carta, que leyó rápidamente, pues estaba escrita en una caligrafía mucho más clara que la de Sarah. Fuera lo que fuese lo que había planificado su abuela, ya llevaba un tiempo con ello.

—¿Qué pone? —preguntó Sarah.

Randall se acercó a tientas a la pared y se apoyó en ella antes de levantar la vista para mirar al amor de su vida.

—Me ha comprado una granja. —Tragó saliva—. En Virginia.
Sarah frunció el ceño.

—Eso está en América.

Randall asintió notando ya cómo se le aceleraba el corazón ante la emoción de la aventura que le esperaba. Aquello sí que era volver a empezar, un comienzo de verdad, la clase de oportunidad que raramente se le presentaba a nadie.

Y estaba impaciente por lanzarse.

—Charles Thomas, el hijo de una amiga de mi abuela, es el propietario de la granja que hay justo al lado y se ha estado ocupando de la tierra, pero está esperando a que yo tome posesión de la propiedad en cuanto llegue.

Randall contuvo la respiración y esperó a ver la reacción de Sarah. Era muy posible que marcharse a América significara no volver a pisar Inglaterra, por lo menos en mucho tiempo. Pero él quería ir de todas formas. Le apetecía mucho, pero solo si Sarah se marchaba con él.

Algunos momentos después, durante los que Randall acabó preocupándose en serio por su corazón, ella dijo:

—Yo nunca he subido en barco. —Tragó saliva y sonrió—. Es increíble que la primera vez que lo haga vaya a ser para cruzar el océano.

Randall se rio, la tomó en brazos y empezó a dar vueltas por el vestíbulo. Después la dejó en el suelo.

Sarah se quedó sin aliento y se apartó el pelo revuelto de la cara.

—¿Había algo más en la caja?

Randall levantó la tapa y miró dentro. Se sorprendió tanto que la volvió a cerrar de golpe. Dentro había dinero. Más que suficiente para que pudieran empezar su vida cómodamente y establecerse en la granja. ¿Cuánto tiempo habría estado ahorrando su abuela y metiendo el dinero en aquella cajita para que Randall no pudiera hacer otra cosa que empezar a vivir su vida?

Volvió a abrazar a Sarah y enterró la cara en su pelo dejándose llevar por todas las emociones de la semana anterior. Nunca habría querido que muriese su abuela, jamás habría imaginado que se sentiría preparado para dejar a su familia y aventurarse por su cuenta, nunca habría imaginado que encontraría a la mujer que le haría sentirse lo suficientemente fuerte para luchar contra el

mundo escondida detrás de un piano.

Y, sin embargo, allí estaba. Con todo lo que jamás se había atrevido a soñar y más. No, nunca había imaginado que lo conseguiría de esa forma, pero de una cosa estaba seguro: la familia que formara con la nueva vida y la oportunidad que le habían dado sabría lo que significaba amar completa y verdaderamente. Era el legado de su abuela.

Y de la misma forma que el broche, como la granja, como el amor que su futura esposa sentía por los pasteles de limón, estaba decidido a transmitirlo a las siguientes generaciones.



Epílogo



Virginia, Estados Unidos de América, 1840

—¡E s una niña! —anunció con alegría la matrona mientras el llanto del bebé resonaba por el dormitorio.

Sarah respiró con dificultad y una sonrisa exhausta en los labios. Una niña. Por fin. Tener cinco hijos varones era una buena noticia cuando el negocio familiar era una granja, pero le hacía mucha ilusión criar a una niña.

Las doncellas se afanaron en limpiar al bebé y devolvérsela a su madre. Randall estaba a su lado y acariciaba con ternura la cabeza de la niña.

—Es preciosa —susurró asombrado—. Igual que su madre.

Era un momento maravilloso y apacible, y Sarah apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos para disfrutar de esa excepcional serenidad.

Abrió los ojos de golpe y miró a Randall. En su casa nunca había tranquilidad.

—¿Dónde están los niños?

Randall sonrió.

—Le están enseñando a su tío Cecil a cavar una zanja en condiciones en el campo. Nuestro hijo pequeño tiene unas teorías muy interesantes sobre la mejor forma de agarrar la pala.

Poco después de que Sarah y Randall se hubieran trasladado a América, Cecil había empezado a escribir cartas a su hermano pequeño en las que le hacía toda clase de preguntas y le pedía detalles sobre la gestión de una parcela de tierra. La viuda le había dejado en herencia una pequeña propiedad en Cambridgeshire, una hacienda que todo el mundo había asumido que formaba parte del condado, pero en realidad pertenecía a *lady* Densbury, según constaba en los documentos que habían revisado los abogados. Su padre, que había sido profesor en Cambridge, no había sido tan pobre como muchos habían asumido.

Era una bendición que Cecil hubiera venido de visita acompañado de su familia justo cuando Sarah había tenido que estar haciendo reposo durante el último mes. Pero ahora su pequeña ya había llegado, y había valido la pena.

La niña manoteaba por el pecho de su madre y golpeó con el puño el broche de amatista que Sarah llevaba prendido en el hombro. Sarah no se lo ponía muy a menudo. No era la clase de complemento que resultara práctico para la esposa de un granjero. Pero cuando se sentía especialmente nerviosa, el broche era un maravilloso recordatorio del amor y el apoyo que la rodeaban.

—¿Qué nombre deberíamos ponerle? —preguntó Randall.

Sarah se había negado a hablar sobre nombres de niña porque había tenido miedo de hacerse ilusiones de que esa vez fuera a dar a luz a una niña. Además, ya tenía el nombre perfecto.

—Rosemary.

Randall alzó las cejas.

—¿Rosemary? Ya sabes que aquí no cultivamos romero, ¿no?¹

La granja iba increíblemente bien. Habían pasado uno o dos años duros, pero había resultado ser el sitio perfecto para que una pareja empezara una nueva vida. Se habían casado poco después de la muerte de *lady* Densbury e hicieron las maletas para venirse a América inmediatamente con la esperanza de poder poner la casa a punto antes de que llegara el momento de plantar en primavera. Pero no habían tenido de qué preocuparse. *Lady* Densbury ya les había preparado la casa. Incluso había un piano en el vestíbulo.

La anciana había sido meticulosa y considerada, se había asegurado de que cuidaban de su familia, de que se les quería. Y lo había hecho porque era lo correcto. No había ganado nada al hacerlo. En cualquier caso, nada material.

Y era un legado maravilloso que transmitir a las siguientes generaciones.

—Rosemary era el nombre de tu abuela —anunció Sarah.

Randall esbozó una expresión bastante cómica.

—¿Ah, sí?

Sarah asintió y deslizó el dedo por la mejilla de su pequeña, que se había quedado dormida.

—Hola, pequeña Rosemary. Estoy impaciente por hablarte de tu

bisabuela. Espero que seas tan buena y decidida como ella. Y algún día te daré su broche para que vayas adonde vayas sepas que el amor es lo más importante. Amar a Dios. Amar a la familia. Amar la vida.

Después le dio un besito en la cabeza y se echó a un lado para que Randall pudiera tenderse en la cama y abrazarlas a las dos. A continuación se durmieron juntos y soñaron con un futuro rodeados de los seguros brazos del amor.

¹ N. de la T.: *Rosemary* significa 'romero' en inglés.

KRISTI ANN HUNTER

*En busca
de refugio*



Túmbra sin
seda

En busca de refugio

KRISTI ANN HUNTER

¿Cómo una joven tranquila, obediente y casada por conveniencia, con una vida planificada, acaba huyendo como si fuera una forajida? ¿Qué secreto alberga?

Margaretta Fortescue necesita desaparecer de Londres y de la vida social cuanto antes. La única que tal vez podría ayudarla es una joven que hizo lo propio antes que ella, pero que no sabe dónde está. En su busca llega hasta Marlborough, una pequeña localidad donde espera pasar desapercibida, aunque no lo consigue.

Nash Banfield, el abogado del pueblo, no busca otra cosa que llevar una vida tranquila, pero la llegada al pueblo de una mujer que viaja sola despierta su curiosidad... y algo más. Sin duda, la joven huye, pero ¿por qué? Y, lo más importante, ¿de qué?

KRISTI ANN HUNTER

*Misterio en
Flaven Manor*



Libros de
seda

Misterio en Haven Manor

KRISTI ANN HUNTER

Cuando Katherine FitzGilbert, Kit, le dio la espalda a la sociedad londinense hace más de una década, decidió no volver a pisar un salón de baile. Sin embargo, un asunto espinoso la lleva a Londres y se ve obligada a enfrentarse a todo lo que había dejado atrás: no solo acaba en un salón de baile, sino topándose con Graham, lord Wharton. Lo que no tendría que haber sido más que un encuentro casual se convertirá en una alianza por necesidad: Kit va en busca de su hermana pequeña y Graham se presta a ayudarla... aunque no está muy seguro de que Kit le esté contando toda la verdad.

Ver a Graham hace que Kit desee que las cosas hubieran sido de otra manera en su vida. Sin embargo, lleva tiempo ayudando a otras mujeres a escapar del desprecio social del que ella huyó un día. Ojalá pudiera contárselo todo a él. Pero, si lo hiciera, ¿qué sucedería con todos aquellos que dependen de su ayuda?

KRISTI ANN HUNTER

Voluer a creer



Volver a creer

KRISTI ANN HUNTER

Daphne Blakemoor lleva doce años viviendo más que feliz lejos del mundo. Tiene todo lo que le hace falta: el cariño de los que la rodean, un hogar y tiempo para dejar volar la imaginación. Sin embargo, la propiedad en la que trabaja como guardesa cambia de dueño y lo que menos espera es que el nuevo propietario sea alguien que vuelve del pasado... y que pone en peligro todo cuanto tiene.

William, marqués de Chemsford, desea ser cualquier cosa en la vida menos parecerse a su padre. Decidido a establecerse en el campo, rodeado de paz y tranquilidad, lo que menos espera es encontrarse en su nueva mansión a alguien que dejó huella en su vida hace muchos años.

Tanto él como ella han vivido hasta ahora tratando de olvidar el pasado. ¿Serán capaces de afrontarlo en lugar de huir de él?

KRISTI ANN HUNTER

De vuelta al hogar



Estro
seda

De vuelta al hogar

KRISTI ANN HUNTER

Jess Beuchene creía que había perdido a su familia... Hasta que se entera de que sus seres queridos están vivos pero en peligro. Hay secretos familiares que sigue sin descifrar, y eso no puede durar más. Desesperada, acude a Derek Thornbury, experto en Historia y antigüedades, para que la ayude a descifrar las pistas que se guardan en un viejo diario de la familia. ¿Adónde le llevará su investigación? ¿Descubrirá la verdad? ¿Qué le deparará el futuro?